EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ÁNGEL CAÍDO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO PLEGUEZUELO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º
1887

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1887

COMEDIAS Y DRAMAS

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propieda que correspon
Dos pájaros de un tiro	1	D. Larra y Gullón	Todo
Entrar por el aro	1	José Morte	»
Las bodas	1	Cid Rodríguez	»
Los dos colosos	1	Manuel Izquierdo	»
Meterse á redentor	3	Miguel Echegaray	»

ZARZUELAS

¡Ay, amor, cómo me has puesto!	1	D. Tomás Gómez	M.
Barba Azul, petit	1	Mangi agalli	M.
Bou-Amema	1	Tomás Gómez	M.
Canutito	1	Manuel Nieto	M.
Chateau Margaux	1	Fernández Caballero	M.
Con la miel en los labios	1	Sánchez Seña y Gómez	L. y
Don Dinero	1	Perrín y Palacios	L.
Efectos de la gran vía	1	Rafael M. Liern	L.
El Bazar H	1	M. Fernández Caballero	M.
El Doctor Faustito	1	Tomás Gómez	M.
El siglo de las luces	1	E. Navarro	L.
El Sr. Gallina	1	Segovia y Taboada	L. y
El Sr. Juez	1	Rafael Taboada	M.
El sistema decimal	1	Tomás Gómez	M.
El tío en Indias	1	Manuel Nieto	M.
En las ventas	1	Tomás Gómez	M.
En un lugar de la Mancha	1	Larra y Arnedo	L. y
La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
La perla malagueña	1	Tomás Gómez	M.
La pequeña vía	1	Tomás Gómez	1/3
La revolución	1	Fernández Caballero	M.
La risa del conejo	1	Tomás Gómez	M.
Lista de compañía	1	Larra, Gullón y Caballero	L. y
Manicomio político	1	Tomás Gómez	M.
Perico el de los Palotes	1	Larra, Gullón y Taboada	L. y
Por las Carolinas	1	Tomás Gómez	M.
Por sacar la cara	1	M. Fernández Caballero	M.
Por un capricho	1	Tomás Gómez	M.
se Gisa deco Mer	1	Calixto Navarro	L.
¡Sinfonía!	1	Llanos	L.
Sin los dos	1	Tomás Gómez	M.
Tercero de derecho	1	Signer y Alvarez	L.
Tocador de señoras	1	Llanos	L.
Un gatito de Madrid	1	Segovia y Taboada	L.
Vamos á ver eso	1	Navarro y Fernz. Caballero	L.
Venir por lana	1	Zumel	L.
Vista y sentencia	1	Tomás Gómez	1/2
Una broma en Carnaval	3	Casademunt y Strauss	L.

ÁNGEL CAÍDO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO PLEGUEZUELO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º
1887

A Doña Concepción Rojas

Viuda de Alequezuelo.

Puesto que para tí la última es la mejor, nadie como tú acogerá esta comedia que te dedica

Tu Hijo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRISTINA.	SRTA. D.ª ELISA MENDOZA TENORIO.
JUANA (esposa de D. Silvestre).	SRA. D.ª JOSEFA GUERRA.
MARÍA (íd. de Gregorio).	SRTA. D.ª JULIA MARTÍNEZ.
GABRIELA.	» MARÍA GUERRERO.
MANUELA.	» VIRGINIA CARRICHE.
FLORENCIO.	SEÑOR D. EMILIO MARIO.
SILVESTRE.	» JAVIER TAMAYO.
FEDERICO OLIVARES.	» ENRIQUE SÁNCHEZ DE LEÓN.
GREGORIO.	» ANTONIO FORNOZA.
UNA CRIADA.	SRTA. D.ª MARÍA CANCIO.
UN CRIADO.	SEÑOR D. RICARDO DELGADO.

La escena en Madrid.—Época presente

NOTAS. No hay estación determinada, por lo cual podrán vestir los actores conforme á la que quieran fijar de común acuerdo.—Por derecha é izquierda se entiende á las del actor.—Las frases de lengua extranjera van escritas según se pronuncian aproximadamente.

ÁNGEL CAÍDO

ACTO PRIMERO

Habitación lujosamente amueblada de la casa de Gregorio. Puerta al foro, otras dos á la derecha que conducen á las habitaciones de Gregorio y Florencio y á la calle; otras dos á la izquierda, que conducen á las habitaciones de María; á este lado un escritorio de señora con recado de escribir, que aunque no esté á la vista, pueda utilizarse en el momento oportuno; no lejos del escritorio una mesita elegante de costura y un canastillo con cintas, flores y dos ó tres sombreros de señora, y á la derecha un teléfono y otra mesa pequeña con tazas, copas y una botella de cognac. Es de día.

ESCENA PRIMERA

GREGORIO y FLORENCIO sentados á la derecha, acabando de tomar sendas tazas de café y fumando también sendos habanos, como quien está en casa propia. CRISTINA y MARÍA al extremo opuesto, sentada la primera y ocupada en las labores que indica el diálogo, y de piés la segunda, examinando los sombreros.

MARÍA

¡Ya lo creo! Precioso; muy bien combinados los colores; ¡qué gusto tienes!

CRISTINA

¡Siempre has de estar adulándome! A este otro no le pondré más que ese lazo.

MARÍA

Sí, sí; cuanto más sencillo mejor. Te digo que eres primorosa.

FLORENCIO

(Que ha estado atento al diálogo anterior.) Pues allá en el convento no podrá lucir esas habilidades, porque hasta la fecha no sé yo que las imágenes hayan dado en gastar sombreros.

MARÍA

Mira, Florencio, no disparates, y sobre todo, no molestes á Cristina.

CRISTINA

No me molesta; es muy dueño...

FLORENCIO

No trato de molestarla.

MARÍA

Bueno, bien. Además, eso del convento... conversaciones nuestras que yo he tenido la debilidad de contarte.

FLORENCIO

No, si ya supongo que no entrará. Y hará muy bien; es preferible casarse.

MARÍA

(Viniendo junto á Florencio y Gregorio. Hará lo que deba. No me la distraigas. Tú sí que debías pensar en eso, que ya tienes la edad.

FLORENCIO

De no hacerlo, puesto que reconozco haber entrado en mi ocaso.

MARÍA

No lo digas en broma. Pero en fin, todavía estás á tiempo.

FLORENCIO

¡Phs! Después de todo, si tuviera la fortuna que Gregorio de encontrar una tan buena como tú...

MARÍA

Gracias por la galantería. Pero las hay á millares.

GREGORIO

Alto ahí, esposa; no consiento que rebajes el valor de mi costilla.

MARÍA

(A GREGORIO cariñosamente.) ¡Qué tonto eres! (A FLORENCIO.) Pues sí, las hay buenas á millares, sino que vosotros, los corridos, os figuráis que toda mujer es ave de caza, y que, cuando no caen, es porque errásteis el tiro.

FLORENCIO

No, queridísima cuñada; yo sé muy bien que hay mujeres tan inocentes y tan sagradas como las go-

londrinas, que no son aves de caza; pero confiesa á tu vez que abundan más las golondrinas.

MARÍA

No estoy fuerte en estadística de pájaros; pero ello es que hay muchas mujeres buenas.

FLORENCIO

Tantas al menos, como hombres de bien. Pero ocurre una cosa, por desgracia: no suelen parearse; parece que no se atraen sino los elementos contrarios. Casi siempre lo verás: á hombre de bien, una danzanta; y á mujer honrada, un pillo.

MARÍA

Entonces tienes la seguridad de dar con una honrada.

GREGORIO

Me parece que te ha llamado pillo.

FLORENCIO

Si dijera tonto... Siempre de acá para allá, gastando la vida inútilmente.

MARÍA

Pero divirtiéndote con todas.

FLORENCIO

Ó ellas conmigo. Y además, sin probar nunca más que la fruta picada, pues bien sabes que jamás en-

tró en mi programa abusar de la inocencia, como tampoco de la fe de un buen amigo.

MARÍA

Eso es verdad; tú eres un pillo de buen género.

FLORENCIO

No digas eres, porque ya...

MARÍA

Sí, lo que es ya...

FLORENCIO

Pues me parece que en los quince ó veinte días que llevo con vosotros... Me seduce esta vida, vamos; contemplaros tan felices, á vuestros pequeñuelos tan hermosos.. En fin, que me dais envidia.

GREGORIO

Pues, chico...

FLORENCIO

(Aparte y fijándose en CRISTINA.) Es algo tarde; no me querría ya quien yo quisiera.

GREGORIO

¡No quererte! Si al hombre, desde que nace hasta que muere, lo están queriendo virtualmente todas las mujeres nacidas y por nacer.

MARÍA

¡Qué bobo eres! Como si él sintiera lo que dice.

FLORENCIO

¿Que no?

CRISTINA

Ya está, María. (Esta acude á ver lo que le enseña Cristina.)

FLORENCIO

De eso entenderás tú, y no de juzgar á los hombres.

MARÍA

Yo entiendo de todo. Pregúntale á tu hermano.

GREGORIO

¡Oh! en mí distingue hasta doscientos grados de expresión en la mirada, desde que digo: «Me es simpática esta señora,» hasta que digo «Me la comería con vestido y todo.»

MARÍA

¡Qué exagerado! (A Cristina refiriéndose al sombrero que examina.) Pues queda muy bien.

GREGORIO

(A Florencio que está contemplando el grupo de Cristina y María.) ¿Vámonos allá dentro, á terminar nuestra partida de carambolas?

FLORENCIO

Estaba muy á gusto; pero vamos. (Se levantan los dos.)

GREGORIO

Voy á vencer á mi respetable hermano mayor. (Vanse por la derecha.)

MARÍA

¡Viciosos! (A Cristina.) Pues sí; también hace juego con el otro vestido. Ahora el de la niña, ¿eh?

CRISTINA

En seguida.

GREGORIO

(Después de haber desaparecido un momento por una lateral derecha, desde la que Florencio puede estar contemplando á Cristina, durante el diálogo que sigue.) ¡Ah! María, se me había olvidado; hoy viene nuestro comprador á examinar los planos de la finca, y tal vez á cerrar el trato. Ya sabes que es ese muchacho que viene ahora de allá, el que se hizo tan amigo mío en San Sebastián, poco antes de casarnos.

MARÍA

Sí, Olivares.

GREGORIO

Que por cierto no te gustaba.

MARÍA

Claro que no; calavera y pendenciero.

GREGORIO

Pues mira, parece otro. Se me figura que está completamente reformado.

MARÍA

Falta le hacía.

GREGORIO

Además, creo que ya no tendrás miedo de que á mí me pervierta nadie.

MARÍA

De todo puede haber en la viña del Señor. (A Cristina con quien no ha dejado de hablar en voz baja, oyendo con indiferencia lo que ha dicho Gregorio.) Luego, ya sabes; hay que refrescarle el vestidito de encaje. Ya lo he sacado; allí está sobre su cama.

GREGORIO

(Que al ir á marcharse por la indicada puerta, hace como que oye á alguien que viene por el foro.) ¡Santa Bárbara! ¡Tus tíos! ¡Don Silvestre con su pleito! ¡Si lo entretuvieras! (Vase.)

MARÍA

¡Pobre! (A Cristina.) Como que si lo pierde es casi su ruína.

ESCENA II

CRISTINA, MARÍA, JUANA, GABRIELA Y DON SILVESTRE.

(GABRIELA usa impertinentes. A SILVESTRE ha de parecer que siempre se le atraganta la última palabra. Todos saludan á CRISTINA en voz baja, ó con una inclinación de cabeza.)

JUANA

Felices.

MARÍA

¡Hola, tía!

GABRIELA

Gud morning. (Después de saludar, se acerca á ver lo que hace CRISTINA.)

SILVESTRE

Adiós, hija. ¿Y Gregorio?

MARÍA

Ahora viene.

JUANA

Déjalo. Ya irás á hablarle del pleito.

SILVESTRE

Del pleito. Pues una de las razones por que más quiero á Gregorio, es precisamente la de llamarse lo mismo que...

JUANA

¿Que quién, hombre? Nunca sabes acabar.

SILVESTRE

¿No, eh? Pues, sí señor; lo que más nos favorece es la ley novena, título diez y ocho, Partida quinta, con la glosa de Gregorio López, el gran...

JUANA

(A María.) Cuando te digo que éste no acaba nunca. Trastornado por completo, hija... Mira. (Dándole una medalla de bautizo con sus dos cintas.)

MARÍA

¡Ah! De un bautizo.

SILVESTRE

(Al decir Juana las últimas palabras relativas á él, coge con ademán amenazador la botella de licor que debe haber en la mesa donde tomaron café Gregorio y Florencio; después dice aparte lo siguiente, y por último se sienta para tomar una copita.) Con esto sí que debía yo trastornarme para sufrirte y...

MARÍA

(Fijándose en las cintas de la medalla.) Una niña de los Torres.

JUANA

Nos invitaron.

MARÍA

(Leyendo una de las cintas.) «Padrinos, los Marqueses de la Flor.»

JUANA

¡Que se han portado!

GABRIELA

¡Esplendit!

MARÍA

(Leyendo la otra cinta.) Nació el veinticinco... (declamando) día, mes y año. Con esta costumbre americana, no es luego fácil engañar á los amigos respecto de la edad.

JUANA

Lo que siento es que esa costumbre no exista en Cuenca; que algunas se habrían tragado más medallas...

GABRIELA

(En voz baja.) Pues tú bien que me quitas un añito.

JUANA

Claro; las demás la irritan á una... Pero, en cambio, voy á ponerte ahora seis ó siete.

MARÍA

¿A ponerle?

JUANA

Cállate. (Dando á entender con el ademán que no quiere que hable por estar delante CRISTINA.) ¿Y Florencio, ha salido?

MARÍA

No, está con Gregorio; ahora vendrán.

SILVESTRE

¡Florencio! ¡Florencio! (Como para sí con cierta ironía.)

JUANA

(Que ha oído hablar á SILVESTRE, tose para imponerle silencio, de esa manera especial que se emplea cuando se quiere suavizar la carraspera, y es la que se pretende indicar con lo siguiente:) ¡Ejem! ¡Ejem!

SILVESTRE

¡Bebamos sin temor! (Aparte y en tono cómico, bebiéndose una copa de cognac.)

JUANA

Pues, María, vas á acompañarnos. Venimos con ese objeto.

MARÍA

¿A dónde?

JUANA

A elegir una cosa de gusto. Yo nunca sé decidirme, y además tengo interés... siempre que vengo á

Madrid... ya se ve, con tantas relaciones... Se casa la de Pérez, como sabes, y tengo que regalarle.

SILVESTRE

Nosotros siempre regalando.

JUANA

¡Ejem! ¡Ejem! (Tose como antes.)

SILVESTRE

(Aparte.) Que se pierda el pleito, y ya se te aliviará esa carraspera en San Bernardino.

GABRIELA

(A María, con quien ha hablado en voz baja.) ¡Ya ves que no hay más remedio que regalarle; el *cadó* se impone.

SILVESTRE

(Aparte.) ¡Miren la políglota!

JUANA

Conque anda, María, arréglate.

MARÍA

Pero ¿y mis niños?

JUANA

¡Qué madraza! ¿No duermen ahora su siesta? Vamos, anda, tengo interés... (En voz baja.) Aleja á Cristina, te diré...

MARÍA

Cristina, ¿quieres ver si duermen?

CRISTINA

(Levantándose.) Sí señora.

MARÍA

¿Qué sí señora, ni qué ocho cuartos? ¿Delante de mis tíos y mi prima te empeñas también en darme tratamiento?

JUANA

¡Si ella quiere guardar esas conveniencias, déjala!

MARÍA

¡Qué!

CRISTINA

Justamente, y así también se evitan explicaciones á cada paso.

MARÍA

Es que á mi familia no hay ya que dárselas. Y además, de querer darlas á alguien, la cosa es complicada. «Pues se trata de la hija de un digno funcionario, que fué compañera mía de colegio, y que hoy en su orfandad, necesita ó quiere trabajar, y á temporadas viene á hacerme vestidos y sombreros, porque para todo tiene habilidad extraordinaria.»

CRISTINA

¡Sí, mucha! (Con ingenua modestia.)

MARÍA

Vamos, anda; tú por tú, y no vuelvas á enfadarme.

CRISTINA

(Yéndose por la izquierda.) Tendré que obedecer.

MARÍA

Pues es claro.

JUANA

(Aparte.) ¡Qué sobrina esta tan vulgarota!

SILVESTRE

(Idem.) ¡Y qué retebonita es la muchacha! Se me alegra á mí...

ESCENA III

MARÍA, JUANA, GABRIELA y SILVESTRE

GABRIELA

(Después de contemplar á CRISTINA.) *Sé tuschant.* ¡Me inspira mucha simpatía!

MARÍA

¡Más buena!...

JUANA

Sí, pero tú ¡más demócrata!

MARÍA

¿Por qué?

JUANA

Entre otras cosas, porque á tí no debían vestirte sino modistos ó modistas de primera, y, sin embargo, te casas ahí con una modistilla vergonzante y cursi. ¡A ésta y á mí nos acaban de hacer unos trajes!... Pero tú, no hay cuidado, no te arruinarás...

MARÍA

¡Ay, tía! ¡no quiera Dios! Pero no es por economía, aunque claro está que me sale mucho más barata, sino porque tengo la seguridad de que me viste tan bien como la primera. Usted la llama vergonzante y cursi, no sé por qué. (Sonriendo.)

JUANA

Porque para ser modista, hay que ser modista. ¡Una señorita venida á menos, que trabaja sólo para las amigas! (Con ironía.)

MARÍA

¿Y eso qué? Tiene bastante; sólo ahora, por excepción, viste á otra señora, que es nada menos que la esposa del Presidente del Tribunal Supremo.

SILVESTRE

(Levantándose fuera de sí.) ¿Del Tribunal Supremo?

JUANA

Sí, hombre; ¿y qué?

SILVESTRE

(Aparte y volviendo á su asiento.) Más vale callarse; porque, si no, ésta...

MARÍA

Pero si tiene un gusto... Pues ¿y en sombreros? Mira, Gabriela, los que acaba de hacerme. (Enseñándoselos.)

GABRIELA

Ya los he visto. La verdad es que son muy bonitos, *scharman*.

JUANA

¿Y dices que es muy arreglada?

MARÍA

¡Huy! ¡Ya lo creo!

JUANA

Pues mira, Gabriela; la verdad es que esos trajecillos de mañana...

GABRIELA

Sí, ella nos los puede hacer; se lo diremos.

JUANA

Bueno, bien. (Cogiendo de un brazo á MARÍA.) Pero dí, ¿tú no adivinas...

MARÍA

¡Ah, sí! Usted dirá.

JUANA

Que quiero que vengas con nosotras, para ver si también embarcamos á Florencio. Ya ves que el objeto es socorrido: un regalo de boda. Hay para darle en los espolones hasta hacérselos manteca. Pcr eso decía yo también que hay que aumentar á Gabriela seis ó siete años, para que él no se asuste de la diferencia. ¡Aunque ya ves que no es tanta! ¿Qué podrá llevarle? Veinticinco años. Ella lo acepta; ¡ya lo creo! como que es un real mozo.

GABRIELA

¡Cosas de mamá!

JUANA

Y lo que es él, ¡qué se ha de asustar!... Pues hoy mismo ¿no estamos viendo á quien se casa con diferencias de treinta y de cuarenta? Ya lo creo; y mejor; así parece que regalan más; es claro, cuantos más años, más relaciones.

MARÍA

¡Qué cosas tiene usted!

JUANA

Porque no hay más remedio, hija, es necesario casarla, y Florencio es un gran partido. Y además,

la ocasión la pintan calva. Ahora que está aquí, metidito en familia, saboreando la paz y la tranquilidad, es facilísimo cogerlo.

SILVESTRE

(Aparte) Si no estuvieras tú de espantayernos y de...

JUANA

Que le han gustado todas. Pues esos acaban por calarse lo mismo que los borrachos, y llega un día en que con un sorbito caen y se entregan. En fin, te digo que es la ocasión. Conque á ver si me ayudas y no pones reparos, porque es muy justo...

MARÍA

No los pongo, tía, sino que usted no deja hablar.

JUANA

Pues habla.

MARÍA

Soy la primera en pinchar á Florencio para que se case, y figúrese usted si yo no querré la felicidad de mi prima... que la sería, ya lo creo; porque Florencio es un cumplido caballero, está joven todavía, por más que le lleve algunos años, y con su riqueza y sus condiciones... pero, en fin, que esas cosas tienen que venir naturalmente.

GABRIELA

Lo mismo digo yo, sino que mamá...

MARÍA

Con todo, hagamos lo que se pueda. (Con benevolencia y sonrisa, pero sin gran interés.)

JUANA

Pues es claro que hay que hacer... Pero vosotras, ¿qué os figuráis? Siempre que alguna se casa con alguno, ¿qué dice la gente? «Lo pescó, lo pescó.» Como que es cuestión de pesca.

SILVESTRE

(Tomando parte en la conversación general.) De pesca, sí; y ya se sabe lo que va de pez á pescado; al pescado lo fríen, lo asan, se lo comen, y...

JUANA

¡Óigale usted! ¡Cuándo tuvo más suerte! (A María.) Conque anda, arréglate.

MARÍA

Pues voy.

JUANA

Y en estando, le llamas.

MARÍA

No, aquí viene él (viendo á Florencio aparecer por la derecha. Al irse María por la izquierda, reaparece también Cristina por este mismo lado, y cruza con ella algunas palabras en voz baja.)

ESCENA IV

JUANA, GABRIELA, FLORENCIO y CRISTINA que se pone á su tarea.

FLORENCIO

(Saludando.) ¡Juanita! ¡Y usted, Gabriela siempre tan linda!

GABRIELA

En los labios de usted.

FLORENCIO

Y en sí misma: yo no miento. Señor don Silvestre... (al acercarse éste á darle la mano.)

SILVESTRE

Tan bueno, ¿eh?

FLORENCIO

Sí señor; á Dios gracias.

SILVESTRE

¿Entregó usted aquella notita al Magistrado amigo?

FLORENCIO

Sí señor que se la entregué, por más que me limité á recomendarle el estudio del asunto, porque no me gusta hacer otra clase de recomendaciones.

SILVESTRE

Lo sé, lo sé. Pero es bastante. ¡Si mi justicia es más clara!... Figúrese usted que...

JUANA

¡Ejem! ¡ejem! (Tose según costumbre.)

SILVESTRE

(Cortado en su oración por su mujer.) En fin, ya sabe usted.

JUANA

Está con su pleito que no parece sino que se juega toda nuestra fortuna.

FLORENCIO

(Con benevolencia.) ¡Es natural!

JUANA

Se trata, en rigor, de una pequeñez. Ahora, que yo también quiero ganarlo, aunque sólo sea por amor propio.

FLORENCIO

(Con picardía.) Es natural.

JUANA

¿Conque usted aquí siempre hecho un cartujo?

FLORENCIO

¿A dónde ir?

JUANA

Siempre es bueno orearse un poco. Siendo tan galante, ahora tiene oportunidad. Acompáñenos usted.

FLORENCIO

Con mucho gusto, si usted lo manda.

JUANA

María viene con nosotras.

FLORENCIO

(Aparte.) ¡Ah! ¡Sale María!

JUANA

Vamos á comprar un regalo de boda.

FLORENCIO

(Aparte.) Esta es mi ocasión.

GABRIELA

Para una antigua amiga mía.

FLORENCIO

No será tan antigua.

JUANA

No crea usted, esta es más vieja de lo que parece. Tiene ya veintisiete años.

FLORENCIO

(Á Silvestre.) ¡Veintisiete años?

JUANA

¡Ejem! ¡Ejem!

SILVESTRE

(Influído por la tos de Juana, después de haber revelado asombro y turbación.) Va, va para los veintisiete...

FLORENCIO

Aseguro á V. que me maravilla.

ESCENA V

Dichos y María

(Durante el diálogo que sigue, María toca un timbre y el criado que aparece se lleva el servicio del café, obedeciendo á la orden que aquélla le da con el ademán.)

MARÍA

Lista.

JUANA

Florencio nos acompaña.

FLORENCIO

Si fuera preciso ya lo creo. Pero aquí no se trata de mi galantería, sino de la suya. Me invita V. únicamente por proporcionarme el placer y la distrac-

ción de acompañarlas. Bien quisiera hacerlo; pero tengo ahora que escribir una carta...

JUANA

Déjela usted para luego. Va usted á apolillarse aquí encerrado.

MARÍA

Anda, vente.

FLORENCIO

Me urge escribir ahora; pero iré á buscarlas. ¿A dónde van ustedes?

JUANA

Bien cerca: á casa de Ansorena.

SILVESTRE

(Aparte á JUANA.) Pero, ¿no decías que un abanico?...

JUANA

(Imponiendo silencio á su marido.) ¡Ejem! ¡Ejem! (Á FLORENCIO.) Tiene usted tiempo; revolveremos todo. (Á MARÍA y GABRIELA.) Conque andad.

MARÍA

(Á FLORENCIO.) Bueno, que vayas. (Acercándose á la puerta por donde desapareció GREGORIO.) Gregorio, adiós; me voy de compras con la tía.

SILVESTRE

(Á JUANA.) Yo me quedo, ¿eh?

JUANA

Sí, hombre, quédate.

FLORENCIO

(Aparte.) ¡Me fastidió don Silvestre!

JUANA

Conque hasta luego.

FLORENCIO

Hasta luego.

GABRIELA

O plesir.

FLORENCIO

Adiós.

ESCENA VI

CRISTINA, FLORENCIO y SILVESTRE

SILVESTRE

(Después de haberse dirigido hacia CRISTINA dice aparte como arrepintiéndose de hablarle en aquel momento.) Á Cristina, luego, luego. (Á FLORENCIO, dirigiéndose á las habitaciones de GREGORIO.) Voy á ver á Gregorio... con su permiso... tengo que decirle...

FLORENCIO

Sí, sí; en su despacho está. (Aparte.) ¡Soberbio! (Pausa.)

ESCENA VII

FLORENCIO y CRISTINA

(Aquél después de revelar que concibe una idea, se dispone como á escribir en el buró que hay junto á CRISTINA.)

CRISTINA

(Incorporándose después de fijarse en lo que va á hacer FLORENCIO.) ¿Le distraeré?

FLORENCIO

Al contrario.

CRISTINA

Puedo irme al cuarto de costura.

FLORENCIO

De ningún modo.

CRISTINA

Si aquí no estoy sino por capricho de María.

FLORENCIO

Y por el gusto de todos. Me enfadaría si se fuera.

CRISTINA

Eso no. (Volviéndose á sentar.)

FLORENCIO

(Después de una pausa.) Si usted supiera, Cristina, lo que voy á hacer. ¡Qué ajenos están mis hermanos!...

CRISTINA

Entonces mal puedo yo saberlo.

FLORENCIO

¡Y quería usted irse cuando resueltamente va á ser mi consultora!

CRISTINA

¿Yo?

FLORENCIO

Voy á hacer mi testamento.

CRISTINA

¿Su testamento?

FLORENCIO

La última disposición de mi voluntad.

CRISTINA

Pero, ¿cómo es eso?

FLORENCIO

¿Quién vuelve á disponer de la suya una vez casado?

CRISTINA

¿Va usted á casarse?

FLORENCIO

Si me quieren, por supuesto. Vamos á ver, Cris-

tina. ¿Cuál es su opinión? ¿Cree usted que debe hacer eso un hombre de cuarenta bien cumplidos y bien aprovechados?

CRISTINA

¿Por qué no?

FLORENCIO

¿Con una muchacha de veintitrés á veinticuatro?

CRISTINA

¿Qué inconveniente hay?

FLORENCIO

(Aparte.) La verdad es que hago yo á la chica unas preguntas... (En voz alta.) ¿Conque á usted le parece...

CRISTINA

Que puede ser esa joven muy dichosa con usted.

FLORENCIO

¿Pero usted cree en la dicha del matrimonio?

CRISTINA

¿Que otra mayor en la tierra, llevándose bien y siendo buenos?

FLORENCIO

Y entonces, amiguita mía, ¿por qué esos antojos de convento?

CRISTINA

Pero si eso... ¡Quién sabe! Siento inclinación. (Con falta de sinceridad.)

FLORENCIO

¡Inclinación? Consejos de santurrón ó de beata, ó de alguna encopetada vieja, gancho de comunidades.

CRISTINA

No señor, inclinación. (Con la misma falta de sinceridad.)

FLORENCIO

¡Usted cómo ha de sentirla si está pervertida por los tres santos amores de este pícaro mundo, el amor á lo bello, el amor al trabajo, y el amor á las criaturas! Se pone á su tarea, y no descansa; cae un trapo en sus manos, y se convierte en gala; coge á los niños de María, y se los come á besos; ¡qué monja ni qué demonios! Un marido, el santo; un hijo, el niño Jesús; cuidarlos y vestirlos, los piadosos ejercicios; los cláustros, los pasillos de la casa; ese sí que es convento.

CRISTINA

Todo lo que quiera, pero ahora no se trata de mí, sino de usted.

FLORENCIO

Se trata de los dos.

CRISTINA

¡De los dos? (Profundamente emocionada.)

FLORENCIO

Sí, Cristina. ¿Cómo es esto? Dios lo sabe. Yo sólo sé que hay algo en mí que me dice: «Cásate, y cásate con Cristina, que esa es la mujer que puede hacerte feliz.» Ya está dicho. Y ahora vengan esas calabazas por meterme á mi edad en estos trotes.

CRISTINA

¡Ah, no! esa no es razón. Y además, nunca se dará el nombre que usted emplea á la profunda gratitud con que yo he de pagarle eternamente, ya que no pueda de otro modo. (Solloza.)

FLORENCIO

¿Llora usted?

CRISTINA

Estaba tan ajena... La sorpresa, la gratitud, hablar así á una huérfana que trabaja...

FLORENCIO

Precisamente por ello y porque su origen y su educación... pero en fin, ¿quién habla de eso? Aunque usted fuera la mujer más humilde, mi determinación hubiera sido la misma, porque, sépalo usted, Cristina; para la felicidad en el matrimonio, si tal felicidad existe, no se necesita más que tres cosas:

honra, cariño y salud; tres bienes que yo le ofrezco, el último inclusive, porque, eso sí, lo que es á saludable todavía soy capaz de desafiarla. (Viendo que Cristina continúa llorando.) Pero Cristina, ya sí que no comprendo...

CRISTINA

Ni es fácil. A usted, don Florencio, ni por su nobleza y generosidad, ni por ser individuo de esta familia, puedo yo darle una negativa fundada en pretextos especiosos, sino en francas y leales afirmaciones, aunque con ciertas reservas que usted tendrá la piedad de permitirme. Ni con usted, ni con nadie, puedo yo casarme, por no reunir esas condiciones de que hablaba, indispensables verdaderamente para la vida conyugal.

FLORENCIO

Me deja usted confuso y sin valor para preguntarle...

CRISTINA

Le ruego que no lo haga por lo que más quiera en el mundo, y que sólo me mire como á una pobre amiga. (Tendiéndole la mano.)

FLORENCIO

(Estrechándosela con vehemencia.) Como á la mejor al menos.

CRISTINA

Gracias. (Dirigiéndose al puesto de su tarea.)

FLORENCIO

¿Pero no será usted víctima de alguna preocupación?

CRISTINA

¡Ah, no! Realidades bien funestas. ¡María! (Viéndola aparecer por el foro.)

ESCENA VIII

Florencio, María y Cristina en el primer momento.

MARÍA

(Que al entrar se hace cargo de que Florencio hablaba con Cristina, y de que ésta se encuentra turbada y llorosa.) ¡Hola!

CRISTINA

(Que se va por la izquierda después de coger con mal disimulada perturbación varios objetos de costura, dejando quizás caer alguno y volviéndolo á coger.) Voy á arreglar el vestido.

MARÍA

Allí están todavía; inquieta por mis niños, me faltó paciencia. ¡Bien has ido!

FLORENCIO

Me entretuve.

MARÍA

Pues aún te esperan.

FLORENCIO

Les daré mis excusas.

MARÍA

(Después de una pausa.) Pero, dí, Florencio: Cristina estaba llorosa y agitada; ¿por qué no he de tener yo libertad contigo? ¿Será posible que tú?... Pues ya sabes que no es una cualquiera, sino una amiga mía... Y te aseguro que te has equivocado si piensas...

FLORENCIO

La equivocada eres tú, María. Me haces daño creyendo que yo he podido ofenderla. Quería sorprenderos. Mi crimen ha sido ofrecerle mi mano. (Viendo la sorpresa de María.) Sí; para hacerla mi mujer. Me parece que no es cosa del otro mundo.

MARÍA

¡Y ella?...

FLORENCIO

María, tú debes saber algo. ¿Por qué secreta causa ni conmigo ni con nadie quiere casarse esa muchacha? Te aseguro que sus palabras... Pero no puede ser; ella es buena; acaso está poseída de vanas aprensiones, y entonces te aseguro que he de insistir y he de hacerla dichosa.

MARÍA

Pero ¿de veras la quieres de ese modo?

FLORENCIO

Y mucho más desde hoy.

MARÍA

Entonces, Florencio, preciso es que sepas todo.

FLORENCIO

¡Cómo?

MARÍA

Tú eres un hombre de honor, un caballero, y bien puedo cumplir contigo el deber que, sin duda alguna, cumpliría tu hermano. Porque Gregorio también sabe el terrible secreto que sólo para tí puede salir de nuestros labios. A mí únicamente se confió Cristina, pero yo no pude menos de decírselo á él, porque él es mi propio pensamiento, y porque necesitaba consultarle si yo había hecho bien en ampararla.

FLORENCIO

Me tienes lleno de ansiedad.

MARÍA

(Después de asegurarse con la mirada de que están solos.) Y yo estoy llena de la mayor angustia; pero todo debes saberlo, y en toda su verdad. Cristina es reo de la mayor infamia... de la mayor vileza que en la mujer se puede concebir. Cristina es una mujer que se ha vendido.

FLORENCIO

¡Vendido!

MARÍA

Cómo y por qué, también vas á saberlo.

FLORENCIO

¡Jesús!

ESCENA IX

MARÍA, FLORENCIO, GREGORIO, y DON SILVESTRE. Seguido de éste aparece GREGORIO precipitadamente y con el sombrero en la mano.

GREGORIO

(A MARÍA) Hola. ¿Estás ya de vuelta?

MARÍA

Sí. (Y empieza á quitarse el sombrero que trae de la calle, y que no debe conservar puesto en la escena siguiente.)

SILVESTRE

Pero mi mujer parece... (Mirando por las puertas laterales.)

GREGORIO

(Aparte á MARÍA y con precipitación.) He tenido que decirle que iba á casa de un amigo. No había medio de librarse; pero dice que me acompaña. Iré en busca de Olivares. Entretenlo, por Dios, y aprenderás derecho, hija.

SILVESTRE

(Acabando su frase con cierta entonación ó canto de alegría.) ¡Que no, que no ha venido!

MARÍA

(Aparte á GREGORIO.) Precisamente ahora, no. Ya te diré por qué.

GREGORIO

Vaya, pues muchas gracias. (Yéndose por el foro precipitadamente con festiva desesperación.)

SILVESTRE

(Siguiéndole.) Hasta luego. Pero, oye, no corras mucho, que...

ESCENA X

MARÍA y FLORENCIO

FLORENCIO

Dime tú, entonces, María, dónde está el criterio para distinguir el bien del mal; á qué hemos de atenernos para formar juicio de una mujer. Sus acciones, sus palabras, su misma tez, bañada en el barniz virginal de que hablaba un famoso médico: todo revelando un ángel, y sin embargo... Ciencia y experiencia inútiles; siempre será juego de azar la elección de una compañera.

MARÍA

La pobre Cristina no deja de ser un ángel caído que pugna por levantarse, y que si en la tierra no lo consigue lo conseguirá en el cielo.

FLORENCIO

Dime, dime. (Sentándose los dos.)

MARÍA

Su familia fué siempre modelo de honradez; el padre, que llegó á ocupar elevados puestos, sufrió una larga cesantía; en aquella época murió la madre y el buen señor contrajo la más penosa enfermedad. Vivía Cristina con su padre enfermo, con un hermano pundonoroso y bueno, y con la que fué nodriza de ella y viene á ser hoy su segunda madre; los esfuerzos del hermano no bastaban, y Cristina empezó entonces á hacer sombreros, á los que daba salida una revendedora. Así allegó la pobre nuevos recursos para soportar la precaria situación en que vivían.

FLORENCIO

¿Y una mujer así ha podido envilecerse?

MARÍA

El hermano era igual, y también se envileció. Los dos, á cual más, adoraban á su padre, y veían con el alma destrozada que éste no podía tener todo aquello que su triste estado requería.

FLORENCIO

¡Ah, la miseria!

MARÍA

Algo más terrible todavía empujó á mi pobre amiga. Un día, la sagaz revendedora, aprovechando apuros angustiosos, tuvo la osadía de hacerle una proposición infame, si bien suavizándola con irrisorias promesas de legitimación en lo porvenir, puesto que se trataba de un joven muy rico, que por el pronto no era dueño de tomar estado.

FLORENCIO

¿Y esa desgraciada...

MARÍA

Cuando pudo darse cuenta de lo que oía, abofeteando con la mirada á aquella miserable, abrió la puerta para que saliera bien segura de que jamás podría volver á mancharla con su planta.

FLORENCIO

¿Pero entonces...

MARÍA

Ahora verás qué terrible combinación de sucesos. Cristina tuvo al fin que dar honra por honra.

FLORENCIO

¡Honra por honra?

MARÍA

Precisamente en aquellos días, notaba ella desasosiego en su hermano, y al siguiente de lo que acabas de oir, no pudo menos de observarle con sigilo. Encerrado en su cuarto escribía una carta, y de pronto, metiéndola en la carpeta, y diciendo con voz ahogada: «sí, por última vez,» corrió á la alcoba inmediata, desde donde su padre le había llamado entre ayes de dolor. Cristina entonces penetró en el cuarto y leyó lo escrito. El infeliz iba á suicidarse, por no poder restituir una cantidad que se le había confiado. Gastó primero y después jugó: todo por el afán de tener para su padre. Y en el pensamiento de Cristina se produjo esta lógica espantosa: «por buen hijo arriesgó su honra, y por honrado se suicida; lo que él ha hecho por un padre, bien puedo hacerlo yo por un padre y un hermano; deshonra por deshonra, la mía es preferible; vida por vida, la suya hace más falta; él es el fuerte; sucumba yo primero,» y volviendo en esto el hermano, Cristina le sedujo, asegurándole que yo, su antigua amiga, le prestaría aquel dinero, y todo estaba salvado.

FLORENCIO

¡Qué horror!...

MARÍA

Poco después Cristina sufría en esta casa una terrible convulsión; luego me decía con acento que aún me espanta recordar: «acabo de venderme,» y

por último, me rogaba que á su hermano, si lo veía, le dijera que yo había prestado la cantidad maldita.

FLORENCIO

¡Desdichada! Su mayor delito está en no haber antes acudido á tí.

MARÍA

La desgracia es desconfiada; hacía ya tiempo que no nos veíamos; ni siquiera conocía las condiciones de mi nuevo estado, porque ya estaba yo casada; la cantidad no era insignificante; todo, en fin, impidió que penetrara un rayo de luz en las sombras de su espíritu, y hoy consiste su mayor martirio en comprender que la fe pudo salvarla.

FLORENCIO

¡Quién pensara!... (Levantándose.)

MARÍA

Pero ahora tienes que escuchar lo demás, porque así es justo. Ignacio, el hermano, persuadido de mi supuesta generosidad, trabajó durante dos años y llegó á la exageración en la economía, hasta reunir gran parte de la suma que soñaba en devolverme; pero la muerte no quiso que él viera logrado su noble y honrado empeño; el padre había muerto antes, y Cristina se vería sola en el mundo, si con ella no hubiera quedado la excelente Manuela, la buena mujer que la crió, y que la quiere como á hija. Pues

4

bien: ¿sabes tú cuál es la vida de Cristina? Ella disfruta una orfandad, que, aunque pequeña, podría bastar á sus modestas necesidades, y sin embargo, trabaja noche y día, poseída del afán de acabar de reunir lo necesario para devolver el precio de su honra, y poder entrar en un convento, si Dios dispone de su nodriza, á la cual, en otro caso, no abandonará jamás.

FLORENCIO

¡Pobre criatura!

MARÍA

Y esa virtud es á toda prueba, porque no eres tú el primer hombre digno que la ha solicitado para esposa; su deshonra parece que no ha cundido; pero ella es incapaz de darse á nadie por honrada. Para ella no hay más que el trabajo, el sacrificio, la restitución del precio, la penitencia y la clausura; sabe que aquí abajo no hay redención; pero que puede haberla arriba.

FLORENCIO

¿Y piensa devolver al infame salteador de miserias y desgracias...

MARÍA

Hacerlo constituye en ella una especie de manía.

FLORENCIO

¿Sabe quién es?

MARÍA

Me temo que en ese punto esté la pobre equivocada. Cree que se llamaba Federico Encinas; pero este nombre debe ser supuesto, porque yo no sé que lo lleve ningún muchacho de fortuna en Madrid.

FLORENCIO

Tampoco yo recuerdo... Tendrás razón; el malhechor muda de nombre como de piel el reptil.

MARÍA

Él después la persiguió en vano tenazmente, y luego desapareció. Pero aquella pérfida revendedora circula todavía por Madrid, y ella, en último término, podrá dar razón del miserable á la persona á quien Cristina encargue el cumplimiento de su empeño, empeño que podrá ser un delirio, lo que quieras...

FLORENCIO

Pero que la enaltece, sí. Loca, mártir, ó infame pecadora, esa muchacha es de todos modos una figura moral extraordinaria.

MARÍA

Dije lo malo en toda su crudeza, como lo bueno en toda su verdad; mi conciencia está tranquila. Ahora, resuelve tú sin esperar de mí ningún consejo.

FLORENCIO

¡Ah, no! María; no puede ser mi esposa la mujer que por vil precio ha poseído otro hombre.

MARÍA

¡Pobre!

FLORENCIO

Pero te aseguro que siento por ella lo que pudiera sentir por una hermana que se encontrara en la misma situación. Su infortunio es igual á su hermosura. ¡Desdichada Cristina!

ESCENA XI

María, Florencio y Juana y Gabriela, que entran por el foro.

JUANA

¡Buena partida nos ha jugado usted, señor mío!

FLORENCIO

Se me ha hecho tarde, y ya calculaba que se habrían ustedes ido.

JUANA

Pues no señor, que venimos. (A María.) Y tú entreniéndolo, en vez de hacerle salir.

GABRIELA

Mamá empeñada en cuidar de usted como de un hijo: *se drol.*

FLORENCIO

Yo se lo estimo.

JUANA

Pues es claro; son las manzanas, y se pican; conque usted que no estará tan sano...

GABRIELA

Y al fin, no hemos comprado nada.

JUANA

Ya volveremos. Soy tan difícil... ¿Y Silvestre?

MARÍA

Salió con Gregorio.

JUANA

Estará dándole la jaqueca.

MARÍA

No; Gregorio iba á casa de un amigo.

JUANA

¿Y Cristina?

MARÍA

Por ahí dentro.

JUANA

Pues anda, Gabriela; llámala. (Se va Gabriela por la izquierda, y aludiendo á ella dice Juana á Florencio.) Esta se empeña en que nos haga unos trajes de mañana, ¡y voy á preguntarle... Mi hija tiene un corazón de oro, y ahora le ha dado por proteger á esa muchacha.

ESCENA XII

María, Juana, Florencio, y Gregorio y Federico que entran por el foro.

GREGORIO

(Desde el foro.) Pasemos por aquí. Así tendré el gusto de presentarte á la familia. Es decir, mi mujer y tú, ya os conocéis. (Presentándolo, sin embargo, á su mujer.) Don Federico Olivares. (Continuando la presentación.) Mi tía política la señora de Arroyo, y mi hermano Florencio. (A éste.) Probablemente el futuro dueño de mi posesión de Extremadura.

FEDERICO

Seguramente, mejor dicho. (Florencio, Gregorio y Federico, siguen hablando en voz baja, colocados de manera que el último no vea la salida de Cristina.)

JUANA

(Aparte á María.) ¿Es rico este muchacho?

MARÍA

Sí señora.

JUANA

¿Soltero?

MARÍA

Creo que sí.

JUANA

Pues hija, hay en tu casa más partidos que en la política. (Á Gabriela que aparece en este momento.) Niña, ven acá.

ESCENA XIII

Dichos, Gabriela y Cristina

CRISTINA

¡Oh! (Al aparecer detrás de Gabriela y fijarse en Federico, retrocediendo y quedando apoyada en la silla que debe haber junto á la puerta por donde sale.)

MARÍA

(Acudiendo á Cristina.) ¡Cristina!

GREGORIO

(Abriendo la puerta de su despacho á Federico.) Pues anda, vamos á ver esos planos.

JUANA

(Á Gregorio.) Pero siquiera saluda antes á tu prima.

GREGORIO

(Acercándose á darle la mano.) ¡Hola, primita! ¿Cómo te va?

GABRIELA

Veri uel ai cen quiu.

FEDERICO

(Aparte, después de haberse fijado á su vez en Cristina desde el extremo opuesto.) ¡Cristina!

GREGORIO

(Á Federico.) ¿Vamos?

FEDERICO

(A todos en general, dirigiéndose al despacho con marcada turbación.) Con permiso...

FLORENCIO

(Que ha notado lo mismo que María la impresión de Cristina, y además la de Federico, dice aparte.) ¿Será éste el miserable?...

MARÍA

(Aparte á Cristina, con la cual ha hablado en voz baja con gran agitación.) Pero, ¿estás segura?

CRISTINA

(Aparte á María.) ¡Sí, es él!

JUANA

(Refiriéndose á Gregorio que desaparece con Federico, dice aparte.) Se va sin presentarla... ¡qué incivil!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el anterior. Es de d'.

ESCENA PRIMERA

FLORENCIO y GREGORIO que aparecen sentados.

GREGORIO

El mundo está así, Florencio; con ser más joven y con haber corrido menos, no me sorprendo como tú de ver tales infamias.

FLORENCIO

No me sorprendo; me indigno.

GREGORIO

Eso, yo también.

FLORENCIO

Tú lo dices, así está el mundo; mas por lo mismo, tendrá que estallar un día. Nosotros somos de lo mejor, y, después de todo, nuestra bondad se reduce á no hacer daño; pero lo que es virtudes productivas...

GREGORIO

¡Hombre, yo al menos produzco hijos.

FLORENCIO

Pero no trabajas.

GREGORIO

Cuido de mi hacienda.

FLORENCIO

Como yo de la mía. Somos dos zánganos del panal que fabricaron nuestros padres.

GREGORIO

Desengáñate; lo malo es dar á una fortuna la aplicación que á la suya ha dado ese amiguito.

FLORENCIO

¡Y si fuera él sólo! ¡Pero hay tantos!... ¡Yo, señor, me he divertido y no he necesitado cometer felonías! Entre los de su calaña recuerdo á uno... este sí que es completo... empezó á enriquecerse con negocios de quintas, y por sus agios cargaron con el chopo multitud de infelices, que debieron quedar junto á sus madres; después se hizo contratista de obras públicas, bajo la protección de un Ministro, como hay muchos, y en la actualidad lo tienes con la fortuna de un Príncipe; eso sí, en una de las carreteras construídas por su cuenta, se vino abajo un puente, causando mil desgracias, y en otra, peñascos desprendidos de un corte mal hecho de montaña, aplastaron también á una pobre niña; y ese hombre, de tal manera enriquecido, y de todo el mundo, por supuesto, respetado, no se ocupa hoy sino en ir comprando las primicias de toda joven á quien la miseria, la ambición ó las redes de infames mediaderas, hacen caer

en el abismo. De suerte que primero se pierde la honra propia y se roba y se asesina, y después con lo robado se compra la honra ajena, y se corrompe y se envilece, sin que en el mundo moral haya peñascos que aplasten á esos malvados.

GREGORIO

Tienes muchísima razón. Pero bien se conoce que te ha llegado al alma lo de Cristina.

FLORENCIO

(Levantándose con cierto humorismo.) Lo que hay es que yo soy un socialista disfrazado de frac y corbata blanca.

GREGORIO

Y además...

FLORENCIO

Sí. ¿Pues qué? ¿Puede ver nadie con indiferencia la suerte de esa desdichada? Y lo mismo que por ella siento cariño y compasión, siento odio hacia el miserable. A no ser por él, con Cristina hubiera yo echado el ancla en este mar de la vida.

GREGORIO

Ó quizás no la hubieras conocido siquiera.

FLORENCIO

También es verdad.

GREGORIO

Pero ¡qué serie de coincidencias! ¡Y yo cuán aje-

no de todo! Así me preguntó él si Cristina era también de la familia. Te aseguro que me he quedado atónito cuando, al irse Olivares, María y tú me habéis contado... ¡Yo que acababa de despedirle tan afectuosamente! Me había sido más simpático que antes; me habló de su madre, á quien acaba de perder allá en Extremadura, de sus hermanas que quedan hoy bajo su custodia... me pareció, en fin, todo un hombre de bien, y luego resulta... Yo también te juro... Casi siento ganas de no consumar la venta para que no logre el deseo de adquirir la finca.

FLORENCIO

Nada tiene que ver lo uno con lo otro, y no puedes cometer esa informalidad.

GREGORIO

En rigor, ni tengo ya derecho... todo está convenido; quedó en venir á las seis, asegurándole yo que aquí se encontraría la fe pública, pues como tiene que firmar María, quiero que aquí mismo se otorgue la escritura. Así es que habré de ir, como pensaba, á avisar á mi notario.

FLORENCIO

¿Qué has de hacer sino ir?

GREGORIO

Pero cree que ya me disgusta contratar con él. (Al criado, que aparece á la llamada de un timbre.) La berlina.

ESCENA II

Dichos y MARÍA que aparece por la izquierda.

MARÍA

¿Te la llevas tú? Me iré yo en el *landó*.

GREGORIO

¿Vas á salir?

MARÍA

(Tocando también el timbre.) Sí, un momento.

GREGORIO

Ya sabes que á las seis...

MARÍA

No tengas cuidado: estaré aquí antes que ese caballero.

GREGORIO

Pues mira, salimos juntos; yo voy á casa del notario; me dejas allá y te llevas la berlina.

MARÍA

Perfectamente. (Al criado, que ha vuelto á aparecer.) Ya nada.

FLORENCIO

¿Y Cristina?

MARÍA

Más tranquila la pobre; pero en cambio mi tía, mareándola ahora con telas de vestidos.

FLORENCIO

Para eso estará la infeliz.

MARÍA

Tan acostumbrada se halla á sufrir y á dominarse, que á todo se sobrepone. Y sin embargo, cuando habla á solas conmigo, se exalta de tal modo, que á veces temo pierda la razón.

GREGORIO

¿Y por qué la dejas hoy?

MARÍA

Es que no salgo sino por ella.

GREGORIO

¿Por ella?

MARÍA

¡Ah! y si yo tuviera alguna confianza con don Federico Olivares, no saldría, porque yo misma había de ser quien le dijera lo que se merece. Tú no debes hacerlo. (A Florencio.) Y tú mucho menos. Pero yo había de ponerle las orejas coloradas á ese caballero, y ¿quién sabe si conseguiría una justa reparación?

FLORENCIO

¡Ay, María! ¡Cómo te engaña la nobleza de tu alma!

MARÍA

¿Pero qué? ¿Sostendréis que es soñar en lo imposible? ¿Acaso sería el primer hombre que reparase un daño de esa especie?

GREGORIO

Seguramente que no.

FLORENCIO

Pero, notad una diferencia: el hombre que seduce y abandona, tiene al fin que sentir algún amor en fuerza de fingirlo mientras realiza su engaño, y ese germen del sentimiento puede luego fructificar de mil maneras, dando cosecha de bienes por lo que fué siembra de males; pero el que ni siquiera finge el amor, sino que con vil descaro, prevaliéndose de sus medios, se limita á saciar el apetito de la bestia, ese carece de virtud moral, por la que puede realizarse tal milagro.

GREGORIO

Y él, además, podría decir que no engañó.

FLORENCIO

Justo, y el que no engaña, no se arrepiente, como si en este terreno el que compra ó soborna no fuera tan criminal como el que estafa.

MARÍA

Yo pienso que más.

FLORENCIO

Y piensas bien, porque el seductor procede al calor del trato constante, y por la excitación de los sentidos; pero el comprador, fría y alevosamente, abusando de situaciones terribles de la vida.

MARÍA

¡Oh, sí! abusar de la desesperación es peor que abusar de la inocencia; la una sólo pide que la dejen; la otra que le tiendan una mano; y es doblemente infame no tendérsela, y empujarle, además, por el contrario, para que ruede y se despeñe.

FLORENCIO

Pues de quien tal hizo, no esperes sublimidades.

MARÍA

Puede tocarle Dios en el corazón.

FLORENCIO

Sería menester que lo tuviera.

MARÍA

Pues me parece lo más natural y lo más justo que se casara con ella al saber sus condiciones, las causas de su caída, su virtud, su penitencia, todo lo que pueden abonar personas dignas y honradas.

FLORENCIO

Sería justo y natural; mas no sucederá. Para creer en todo eso, verdaderamente extraordinario y raro, hay que tener la fe de las grandezas morales, y esa fe no la siente el que llega á envilecerse.

MARÍA

¡Qué pesimismo! ¡Quién sabe! ¿Y si él estuviese enamorado? Porque ya te he dicho que la persiguió luego tenazmente, sin lograr jamás hablarle...

GREGORIO

Sí, ¿quién sabe?

FLORENCIO

Lo que poseyó primero á título de compra, querría luego disfrutarlo por derecho de conquista. Olivares verá siempre en Cristina la esclava del mercado, y á lo sumo romántica fortaleza, bien fácil de expugnar, sobre todo para él.

MARÍA

No: la caída de Cristina fué tan espantosa, que no pudo dejar en él tales ideas; segura estoy. Pero, en fin, sea como quiera, nosotros debemos procurar el bien de esa desdichada, aun á pesar de su voluntad.

FLORENCIO

En cuanto á eso...

GREGORIO

Pero, ¿qué piensas hacer?

MARÍA

Cuanto es posible; mucho por cuenta de ella, y mucho por cuenta mía. Y para no perder tiempo, voy á ver si ha vuelto de Sevilla el Padre Ontiveros, que es quien ha de servirnos.

GREGORIO

¡Ah, vamos! (Como cayendo en la cuenta.)

FLORENCIO

Mejor que con textos de la Biblia se podrían secundar tus planes con hojas de Toledo, y casi estaba yo tentado...

MARÍA

No disparates, Florencio. De ningún modo podías tú intervenir en este asunto, no sabiendo, como no sabe la pobre, que tú conoces su secreto.

FLORENCIO

No, no te apures, que tampoco había de gustarme andar á balazos para casarla con otro.

ESCENA III

DICHOS, JUANA y GABRIELA que salen por la izquierda.

JUANA

Vaya, María, nos vamos á comprar esas telas. Por supuesto, ya día completo: nos volvemos á comer aquí; luego nos coge lejos de casa, y yo no me meto en un simón desde que supe que en ellos se le pegaron á una las viruelas.

MARÍA

Y aunque no... pues ya lo creo... ¡no faltaba más!

JUANA

Pero oye, me figuraba que aquí mismo nos haría Cristina los vestidos, y ella dice que mañana ya no vendrá.

MARÍA

Sí, ella trabaja en su casa; aquí no viene sino por una excepción, y hoy realmente termina su tarea.

JUANA

Bien, es lo mismo; ya le he dicho que iremos allá. Pero, hija, ¡cómo clavan á una las demás! Veintitrés varas me ha dicho que compre para mí, cuando las demás me piden treinta. Lo que yo les digo alguna vez: ni que se tratara de vestir á un elefante.

CRIADO

El coche está dispuesto.

GREGORIO

Bueno.

MARÍA

¿Vamos, Gregorio?

GREGORIO

Sí, anda; yo voy á reunir esos papelotes y á que los bajen al coche. (Vase por la derecha.)

MARÍA

Pues hasta luego, tía: voy á arreglarme. (Vase por la izquierda.)

JUANA

Adiós, hasta luego.

ESCENA IV

JUANA, GABRIELA y FLORENCIO

GABRIELA

¿*Alón*, mamá?

JUANA

¿Qué es eso, señorita? ¿está usted impaciente? (Á FLORENCIO.) Porque ha de saber usted que hay moros en la costa.

GABRIELA

¡Qué tontería!

JUANA

Pero á las madres como yo, no se les escapa nada. Sin objeto se asomó ésta al balcón, y ese joven, Olivares, al salir miró, y luego anduvo dando vueltas por la esquina, y luego ha pasado otra vez por debajo del balcón.

GABRIELA

¿Qué importa eso?

FLORENCIO

Quizás importe mucho, señorita. (Dice esto con doble sentido, y luego con interés.) Se detuvo en la esquina, ¿eh?

JUANA

Un largo rato. Él pensaba que yo no le veía.

FLORENCIO

Y luego ¿ha pasado otra vez?

JUANA

Bien despacito.

GABRIELA

Casualidad.

JUANA

Sí, pero por casualidad me parece que ahora vamos á llevar escolta, cosa que no me agrada.

FLORENCIO

Sí, sí, Gabriela; eso significa más de lo que usted se figura. (Muy preocupado. Gabriela le contesta en voz baja.)

JUANA

(Aparte en vista del aparente interés de Florencio y de que éste habla con Gabriela.) ¡Qué hombres! Para que en todo sean peces, hay que pescarlos unos con otros. (En voz alta.) ¡Ah! Tu papá estará probablemente en casa. Voy á decirle por el teléfono que nos quedamos aquí á comer. (Toca al botón del teléfono.)

FLORENCIO

(Aparte.) ¿Esperará ese villano la salida de Cristina?

JUANA

(Al responder el timbre á su llamada y hablando en el teléfono como quien se dirige á la Central.) Comunicación con mi marido.

GABRIELA

Pero, mamá. (Como para hacerle caer en el disparate.)

JUANA

(Cayendo en la cuenta.) ¡Ay, Jesús! (Después de escuchar en el teléfono, y respondiendo á lo que se supone que le dice la Central.) Ya, ya; mi marido es el tres mil quinientos trece.

GABRIELA

(Con cierta coquetería á Florencio, el cual le contesta en voz baja.) Con seguridad que no hay tantos maridos en en el mundo, porque los hombres no se casan.

JUANA

(En el teléfono.) ¿Que no contesta? Bueno; entonces no nos ponga usted en comunicación. (Breve pausa en la que escucha lo que responde la Central, y luego con viveza.) Pues por eso lo digo, hija mía. (Apartándose del teléfono.) ¡Vaya una telefonista respondona y sabidilla!

GABRIELA

¿Por qué?

JUANA

Me dice que tu padre no contesta, y yo, naturalmente: «Entonces no nos ponga usted en comunicación;» y ella se ha permitido replicar: «Como que no es posible.» Pues precisamente por eso se lo digo yo á usted, señora sabia. (Dice ésta última frase como si tuviera delante á la telefonista, y luego á Gabriela.) Ea, vamos; no te impacientes más. (Á Florencio.) Yendo á comprar telas, no es cosa de invitar á usted. Hasta después.

FLORENCIO

Hasta luego.

GABRIELA

O plesir...

JUANA

(Aparte y refiriéndose á Florencio.) Ahora estoy seguro de que se viene detrás.

ESCENA V

Florencio

¿Será realmente por Gabriela, ó por Cristina, como yo sospecho? ¿Son celos, Florencio, curiosidad ó indignación? Sea lo que quiera, yo voy á observar y á convencerme. (Vase por la derecha. Será conveniente que tenga el sombrero en la escena y que al irse lo coja y se lo ponga.)

ESCENA VI

María y Cristina que salen por la izquierda: la primera en traje de calle, y retenida del brazo por la segunda.

MARÍA

No seas tonta, Cristina, déjame ir; tu primer arranque de hoy y tu constante pensamiento durante tres años, valen más que tus aprensiones de última hora.

CRISTINA

Las tuve siempre; por eso era mi sueño poder en un mismo día devolverle su oro y encerrarme en un convento.

MARÍA

Pero también soñabas en devolvérselo, aunque tu deber para con la pobre Manuela te retuviera en el mundo.

CRISTINA

Sí, pero temiendo siempre que en ese caso pudiera él imaginar que yo quería hacer méritos á sus ojos con alguna mira interesada; y ahora, después de mi primer impulso, me avergüenzo ante esa idea, ó si tú quieres, mi orgullo se subleva, porque yo no sé jamás qué sentimiento me domina.

MARÍA

Pero es que tu rubor, lo mismo que tu orgullo, te han gritado constantemente: Devuélvele ese precio, para que al verte no se figure que aún le perteneces.

CRISTINA

¡Oh, sí! Eso es; tú acabas de dar forma al pensamiento que nunca he podido yo aclarar. Yo me decía: «restituir;» ¿por qué? ¡bien caro me costó! «¿por recobrar mi honra?» eso es lo único que jamás se puede recobrar; ¿por que á sus manos vuelva lo que de él procede? no es digno de tal suerte; ¿por ganar algo en su opinión? ¿qué me importa la suya? Y, sin embargo, siempre, siempre aquí (en el pensamiento) la restitución, y tú vienes á darme la razón clara de un ciego empeño. ¡Oh, sí! hagamos eso cuanto antes, para que si me vuelve á ver no se figure que aún le

pertenezco; quiero sentirme libre ya que no puedo honrada. (Solloza.)

MARÍA

No sufras así, Cristina; honrada ya eres ante Dios y ante los que te conocemos, porque has purgado tu culpa con el dolor y la penitencia, y ¿quién sabe si todavía podrás serlo ante el mundo?

CRISTINA

(Con viveza.) ¡Ah, no! ¿De qué manera? Alguna vez has querido insinuarme esperanzas de una posible reparación, y ya sabes lo que te he dicho.

MARÍA

¡Mujer!

CRISTINA

Acaso tienes ahora la idea de procurar algo en ese sentido: yo te lo prohibo. Tu confesor ha de limitarse á la restitución; llevar otro objeto, comprende que sería ridículo y absurdo.

MARÍA

Pero si Olivares espontáneamente al enterarse de todo...

CRISTINA

A la mujer que se compra no se la toma por esposa; y además, ya lo sabes, le odio. No me engañó; propuso, y acepté; yo despreciable, pero él aborrecible;

el vencido que se entrega, odia siempre al vencedor. Yo lo consentí; pero él fué quien se llevó esta honra que yo necesitaba para ser feliz en la tierra.

MARÍA

¡Ah, sí! porque tú naciste para amar, y para amar sin límite, como tu propio infortunio lo demuestra. Pues considera que sólo con él podrías constituir honradamente una familia.

CRISTINA

¡Con él! Pero, ¿tú sabes, María, de qué modo lo detesto? Pues mira lo que en mí sucede: por esas aberraciones de la imaginación cuando se duerme, sueño á veces que lo tengo á mi lado, y que lo miro con cariño, ya ves; y de repente me despierto llena de odio y repugnancia, como saliendo de una pesadilla, porque ni en sueños es posible que jamás pueda ser vencido este rencor eterno de mi alma.

MARÍA

Ni antes amaste á nadie, ni has amado después; el estrago de su brutal instinto es lo único que conoces del amor; quizá esos sueños revelan que por ley honrada y misteriosa, tu naturaleza no puede conmoverse sino respondiendo á su primera sacudida.

CRISTINA

No, no. Tu alma generosa, empeñada en hacer una novela de lo que siempre será una negra historia.

MARÍA

Lo que yo veo es que por naturales relaciones de la vida empezáis á aproximaros.

CRISTINA

Nos alejarán siempre mi aversión y su desprecio.

MARÍA

Del odio al amor no hay más que un paso.

CRISTINA

Aunque así fuera, del desprecio á la estimación media un abismo; y él me tiene que mirar como al sér más despreciable; y debiera ofenderme, maltratarme... (Con exaltación.)

MARÍA

¡Por Dios, Cristina! te atormentas y me haces padecer.

CRISTINA

¡Oh, sí! perdóname. Yo no debiera hablar jamás. Anda, márchate; ya estoy tranquila. Voy á acabar ese sombrero.

MARÍA

¡Qué, mujer! no hagas nada.

CRISTINA

Si no hiciera nada, ¿qué sería de mí? Tomé el tra-

bajo por obligación y castigo, cuando es lo único que me distrae... Si tú me hubieras dado lo que me empeñé en ganar por mí misma, me habría ya muerto, ó me hubiera vuelto loca.

MARÍA

Pero hoy es distinto; anda, vete con mis niños. (Haciendo como que los oye por la izquierda.) Pienso que me llaman: diles que vuelvo al momento.

CRIADO

Señora; el señor, que está esperando en el coche. (El criado debe hablar con acento gallego y representar unos cincuenta años de edad.

MARÍA

Bajo en seguida. (A Cristina.) Conque anda, haz lo que te digo; al punto estoy aquí. Si el buen señor ha venido, mañana se cumplen tus afanes. Él mismo irá á tu casa.

CRISTINA

Y yo le diré bien á lo que ha de reducirse su misión.

MARÍA

Bueno, bueno; adiós.

ESCENA VII

Cristina, que desde el foro, á donde llegó con María, cruza la escena, y se detiene en una de las puertas de la izquierda, haciendo como que oye algo.

¡Llaman á su madre! ¡Qué bien debe resonar ese nombre en el alma de quien lo lleva, con los títulos que María! ¡Amor, honra y dolor; hermosa conjunción que jamás puede haber en mis entrañas! (Vase.)

ESCENA VIII

Federico y el Criado que entran por el foro después de una pausa

CRIADO

Sí señor, pase usted. (Con el acento gallego que queda indicado.)

FEDERICO

(Aparte y poniendo desde el primer momento honradez y bondad en el acento y la actitud.) El pretexto me escuda y la impaciencia me devora. Todos han salido.

CRIADO

Puede el señor primero ver si ha sido aquí donde se le ha caído.

FEDERICO

Parece que no; tal vez en el despacho.

CRIADO

Pues puede pasar; el señor es amigo del señor, y aunque el señor no esté...

FEDERICO

Usted mismo la buscará.

CRIADO

¿Es una cartera?

FEDERICO

Sí; pero dígame antes: ¿esa señorita que viene aquí á coser, sabe usted si vive todavía en la calle de Gravina?

CRIADO

Justamente; allí tiene su domicilio.

FEDERICO

¿Y á qué hora se va de aquí?

CRIADO

(Rascándose la cabeza.) ¿Que á qué hora se va de aquí?

FEDERICO

Sí; tiene que ir á verla mi familia.

CRIADO

Dispénseme el señor; se va al oscurecer, y si se hace de noche, yo mismo la acompaño. En la casa se la mira con el mayor respeto.

FEDERICO

¿Es muy buena, eh?

CRIADO

No señor; es una santa. Lo parece y lo dice todo el mundo. Creo que ha sido muy desgraciada, y yo he podido escuchar que quiere meterse en un convento. Pero ¿no pasa el señor?

FEDERICO

No; búsquela usted.

CRIADO

¿Qué color tiene?

FEDERICO

(Profundamente preocupado y con doble sentido.) Negro.

CRIADO

(Aparte entrando en el despacho.) Veremos lo que tiene dentro, por si acaso.

ESCENA IX

FEDERICO

Me bastó verla para que me dominasen la impaciencia y la necesidad de hablarle. La encuentro antes de buscarla; ahora esas rudas palabras... (Se refiere á las que acaba de decir el criado.) ¿Qué mujer es esta que á pesar de haber llegado tan bajo, porque fuera

como fuera, ello es que en rigor... No sé, no sé; pero yo he de hablarle y ella ha de responderme y escucharme, y por fin ahora...

ESCENA X

Dicho y el Criado

CRIADO

Pues lo que es la cartera no parece.

FEDERICO

Se me caería en la calle.

CRIADO

(Aparte.) Paréceme á mí ya que en ninguna parte.

FEDERICO

Ya que he venido, casi estaba por que avisara usted á esa señorita para hacerle una pregunta.

CRIADO

(Revelando escama.) Pero el señor...

FEDERICO

(Haciendo como que la ve por la segunda puerta de la izquierda.) ¡Calla! ¿No es ella? (Llevándosele hacia el foro.) Déjeme usted. Tome, por haber buscado. (Dándole una moneda.)

CRIADO

Pero es que...

FEDERICO

Son dos palabras. (Con imperio.)

CRIADO

(Aparte guardándose la moneda.) Bueno, en estando al cuidado...

ESCENA XI

FEDERICO y CRISTINA. Ésta sale por la segunda izquierda y sin ver á FEDERICO que para no ser visto se ha ocultado entre el portier del foro, se dirige á la mesa de costura.

FEDERICO

(Después del silencio que se estime oportuno, y avanzando por la izquierda.) ¡Cristina!

CRISTINA

¡Oh!

FEDERICO

¡Por Dios!

CRISTINA

¡Usted, siempre por vil trata, ó por sorpresa!

FEDERICO

Pero á usted ¿cómo se llega si jamás lo conseguí después? (Con resolución, pero con acento de súplica.) Tiene usted que oirme.

CRISTINA

(Queriéndose ir por donde entró.) ¡Tendría usted que matarme!

FEDERICO

(Interponiéndose y con todo el respeto que sea compatible con su acción.) Eso no; pero sí cerrarle el paso, porque me vuelve usted loco.

CRISTINA

(Yéndose al lado opuesto.) Gritaré, si usted se empeña.

FEDERICO

(Siguiéndola.) ¡Pero por Dios, Cristina!

ESCENA XII

Dichos y Florencio, que apareció momentos antes por el foro, y viene á colocarse entre Cristina y Federico.

FLORENCIO

¡Atrás, mal caballero!

CRISTINA

(Viendo en este momento á Florencio y acercándose á él, que la retiene junto á sí.) ¡Usted?

FEDERICO

Esas palabras...

FLORENCIO

Serán seguidas de las obras que usted prefiera. (Señalándole la puerta.)

CRISTINA

¡Ah, no! ¿Usted por mí? No, no: tiene derecho á ofenderme.

FLORENCIO

(A CRISTNA con la mayor energía.) ¡Silencio!

FEDERICO

(A CRISTINA.) ¡Eso no!

FLORENCIO

(A FEDERICO.) Lo sé. (Quiere decir que sabe que no tiene derecho á ofenderla.)

CRISTINA

(A FLORENCIO.) Yo no merezco...

FLORENCIO

(Lo mismo que antes.) ¡Silencio! (A FEDERICO.) Pero aunque usted lo tuviera, ante mí no le valdría.

FEDERICO

(Después de una breve pausa.) Pudiera dar explicación satisfactoria de mi conducta; pero *á usted*... sólo he de exigirle reparación de la injuria.

FLORENCIO

(Marcándole la salida.) Comprendido: lo celebro.

ESCENA XIII

Cristina y Florencio.

CRISTINA

No, no; esto es imposible. Usted, tan bueno, tan noble, tan generoso, usted debe saber todo.

FLORENCIO

Yo no quiero saber nada; me basta lo que he visto.

CRISTINA

No: por mil razones le debo la verdad. Usted no puede batirse. Ese hombre...

FLORENCIO

Cristina, la he prohibido hablar. Usted no ha de decirme nada. Figúrese usted que por adivinación todo lo comprendo; pues aún así, sabiendo todavía mucho más, ahora y siempre le llamo y le llamaré mal caballero.

CRISTINA

¡Pero usted no puede arriesgar su vida! ¡Eso es imposible! Se lo diré á María. Las dos lo impediremos.

FLORENCIO

Usted no hará eso.

CRISTINA

Sí, sí lo haré.

FLORENCIO

Callemos: don Silvestre. (Viéndole aparecer por el foro. Cristina y Florencio se separan, yéndose aquella á su costura y éste hacia la derecha.

ESCENA XIV

Dichos y Don Silvestre. Éste entra, dice su primera frase, deja el sombrero, se acerca primero á Cristina y viéndola abstraída se va junto á Florencio, del cual también se aparta viéndole igualmente distraído, para volver al lado de aquélla.

SILVESTRE

Felices tardes.

CRISTINA

(Aparte y quedando abrumada en sus pensamientos.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

FLORENCIO

(Aparte.) ¡Qué alma la suya! Dispuesta á confesarme todo, y sólo por evitar que yo... ¡Ah! sobre mi destreza están mi razón y mi justicia. Alguna mano providencial empuja los sucesos, sin saber cómo frente á frente. Pues si yo le mato, lavada está con sangre la mancha de su honra, y lavada por mi mano; y entonces...

SILVESTRE

(Aparte, después de ver que Florencio le hace el mismo caso que Cristina.) ¿Si habrá aquí gato encerrado?

FLORENCIO

(Aparte.) Después de todo, ¿quién se atreve á condenarla?

SILVESTRE

(Á Cristina.) ¿Volvió Gregorio?

CRISTINA

Y se volvió á marchar.

FLORENCIO

(Aparte.) ¿No admira el mundo á quien por algo bueno sacrifica su vida? Pues yo admiro el suicidio moral de esa criatura, mucho más espantoso que el que acaba con todo, sin dejar vivo el dolor. Resuelto: no nací yo para vacilar.

SILVESTRE

(Á Florencio junto al cual se vino segunda vez, viendo que Cristina no estaba por hablar.) ¿Estorbo?

FLORENCIO

Ociosa pregunta, don Silvestre.

SILVESTRE

¿Por qué? ¿Porque debo comprender que sí?

FLORENCIO

(Con fingimiento y picante benevolencia.) ¡Oh, no! Por lo contrario, don Silvestre. No le hacía tan malicioso.

SILVESTRE

(Muy animado.) No... como yo nunca sé hablar más que de mi pleito... Por supuesto, más habla el abogado contrario. Figúrese usted: alegar nada menos que veintitrés motivos de casación. Lo que dice el mío: en siendo bueno, con uno basta para casar una sentencia. Pero se conoce que el otro es como el general de marras: que no llega un cañonazo, pues que disparen veintitrés motivos, digo, dos cañonazos; y por eso el tal letrado dispara veintitrés cañonazos, digo veintitrés motivos de... (Á CRISTINA, notando que FLORENCIO no le hace caso.) Por cierto, Cristinita, que tengo que pedirle un favor.

CRISTINA

¿Á mí?

SILVESTRE

Sí señora. (Coge una silla y se sienta á su lado.)

FLORENCIO

(Aparte.) ¿Se lo dirá á María, y las dos van á padecer y á empeñarse en estorbar el duelo? Si hubiera un medio... (Se queda paseando y como pensando en el medio que desea encontrar.)

SILVESTRE

Pues sí: usted viste á la señora del Tribunal Supremo, digo, del Presidente del Tribunal Supremo.

CRISTINA

Sí señor; en efecto...

SILVESTRE

Pues bien, yo quisiera...

CRISTINA

Comprendo. ¿Pero de qué puede valer una recomendación mía?

SILVESTRE

¡Pues no ha de valer, hijita! No hay recomendación para una dama como la de quien la viste, peina ó calza; aforismo... de no sé quién; debe ser mío. Pero yo no querría que mi mujer se enterase, porque ella se figura que todo está hecho con una carta que ha conseguido del Ministro de Gracia y Justicia. Por cierto que ahora he caído yo en la cuenta de que la gracia será eso: recomendar la justicia. Bueno; pero yo digo que muchos amenes al cielo llegan, porque...

CRISTINA

(Medio para sí, viéndolo aparecer por el foro.) ¡Gregorio!

ESCENA XV

Dichos y Gregorio

SILVESTRE

¡Hola, sobrino! ¡Estoy diciéndole una cosa á Cristina! Soy, soy contigo. (Continúa hablando en voz baja y muy animado con Cristina, la cual, aunque le sufre, no está atenta sino al grupo apartado que forman Gregorio y Florencio.)

GREGORIO

(A Florencio.) ¿Qué me cuentas?

FLORENCIO

Nada.

GREGORIO

(Con el tono de quien quiere revelar que sabe todo lo que se pretende ocultarle.) He encontrado á Olivares.

FLORENCIO

¿Y qué?

GREGORIO

Quiso pasar de largo, le detuve, y, á vueltas de preguntas y evasivas, al fin me ha contado todo. Dice que su ánimo no era ofender á Cristina.

FLORENCIO

Lo creo. Animado del mejor propósito se apostó

para acecharla en la cervecería de enfrente, y aprovechó la ocasión de vernos salir á todos para introducirse aquí lo mismo que un ratero.

GREGORIO

Pudo ser honrada su intención.

FLORENCIO

¡Qué candidez!

GREGORIO

Tengo mis razones. Para justificar tu arrebato con los sentimientos que pudieron impulsarte, y por ver si le llegaba al alma, le conté todo, todo lo relativo á Cristina, sin darme por ententido de que él era...

FLORENCIO

¿Y qué? (Interrumpiendo.)

GREGORIO

Escuchaba con ansiedad, y se ponía pálido como la muerte.

FLORENCIO

Si fuera bueno, hubiera sentido rubor y vergüenza; el criminal es el que palidece.

GREGORIO

Te apasionas. Mira cuáles fueron sus últimas palabras: «Figúrate, Gregorio, si no lo sabes, que yo

soy aquel desalmado, y que hoy estuviera lleno de ansias reparadoras; tendría que ocultarlas hasta que no pudiera parecer que el mejor arranque de mi alma era producto de cobardía ante un arrogante defensor.» Esto dijo, y se fué sin que yo lograra detenerle.

FLORENCIO

Fórmula sagaz para quedar bien á tus ojos y producirse con valor, porque eso sí, lo tendrá, como lo tienen los bandidos.

CRISTINA

(Aparte.) ¿Qué hablarán?

GREGORIO

Veo que tendremos duelo.

FLORENCIO

Y pienso que tú no harás coro á las mujeres.

GREGORIO

Me batiría después si tú murieses; pero si él es la víctima, acaso destruyes una obra santa de reparación y de justicia.

FLORENCIO

Más santa sería consumada por un redentor que no hubiera tenido parte en la culpa ni en el daño.

GREGORIO

No, fíjate bien, porque entonces un culpable que-

daba sin redención. Y además, Florencio, desgraciada y buenísima Cristina; ¡pero casarte tú con ella!...

FLORENCIO

Soy tu hermano mayor. Hablemos de otra cosa.

SILVESTRE

(A CRISTINA levantándose.) Pues sí; voy á escribir esa notita.

CRISTINA

(Resignada.) Todo lo que usted quiera, don Silvestre.

CRIADO

Dos señores que preguntan por el señor. (Al hacer este anuncio el criado, GREGORIO y CRISTINA revelan una profunda alarma, y FLORENCIO se pone sobre sí para dominar la situación.)

FLORENCIO

¿Por mí, eh?

CRIADO

Sí señor, por el señor.

FLORENCIO

Que pasen por allí al despacho. (Vase el criado y en el mismo momento entra MARÍA por el foro.

ESCENA XVI

DICHOS y MARÍA

CRISTINA

¡María! ¡María!

MARÍA

¿Qué? Mañana llega el buen señor.

CRISTINA

¿Eso ahora qué importa? (Hablan en voz baja y con gran agitación.)

GREGORIO

(A FLORENCIO en voz baja y con acento de súplica y cariño). ¡Florencio!

FLORENCIO

(Que desde la segunda de la derecha ha observado á CRISTINA y MARÍA, dice á su hermano con enérgico acento de imposición, lleno de toda clase de advertencias.) ¡Gregorio! (Se va por la indicada puerta.)

ESCENA XVII

CRISTINA, MARÍA, GREGORIO y SILVESTRE, el cual, después de haberse entretenido un momento, dejando en su sitio la silla que tomó para sentarse ó sacando papeles del bolsillo, se encamina á la misma puerta por donde se ha ido FLORENCIO.

GREGORIO

¿A dónde va usted, tío?

SILVESTRE

Voy á poner una notita.

GREGORIO

Allí no es posible ahora. Puede usted hacerlo si quiere en el escritorio de María. (Señalándole el que hay á la izquierda.)

SILVESTRE

Me es igual. Yo no pensaba que... Bueno, bien; lo mismo da. (Y sacando papeles del bolsillo se pone á escribir con todos sus sentidos y potencias.)

MARÍA

(A Cristina con la mayor ansiedad.) ¿Entonces los que yo he visto...

CRISTINA

Los que, sin duda, vienen á ajustar el duelo. (En todo este diálogo se debe marcar sigilo, como para evitar que se entere D. Silvestre.)

MARÍA

Pero eso no puede ser. ¿Tú no sabes, Gregorio?

GREGORIO

Sí, sé lo que ha ocurrido.

MARÍA

¿Y tú crees que pueden batirse?

GREGORIO

Podrían; pero ni deben, ni es probable.

CRISTINA

¡Oh, sí!

MARÍA

¿Quiénes son esos que están con él?

GREGORIO

¿Qué sé yo?

MARÍA

Son los testigos de Olivares.

GREGORIO

¿Y por qué han de ser? Pues á fe que mi hermano tiene pocos amigos.

MARÍA

Yo lo veré. (Queriendo entrar.)

GREGORIO

(Interponiéndose.) No; ¿á dónde vas?

MARÍA

¿Por qué me detienes?

GREGORIO

Figúrate que fueran ellos.

MARÍA

¿Y qué? ¿No puede echarse el corazón de una mujer entre la barbarie de los hombres?

GREGORIO

Sería ridículo para Florencio. Pero, además, en todo caso vendrían á pedir explicaciones, y dispuestos á dar obras; entre gente seria no se arregla un duelo, cuando se puede evitar.

CRISTINA

¡Dios mío, Dios mío, yo la causa de todo!

GREGORIO

No, Cristina; la fuerza de las cosas, los accidentes de la vida...

MARÍA

(A Cristina.) Pero no te apures. Si no puede ser, (á Gregorio) porque Florencio es tu hermano, que es serlo mío, y por otras mil razones. Además, en todo caso sería preciso un aplazamiento. Y eso sí puedo yo exigirlo. Debías dejarme entrar. (Queriendo hacerlo segunda vez.)

GREGORIO

(Interponiéndose.) No, María; no lo pretendas.

ESCENA XVIII

Dichos y Florencio

FLORENCIO

¡Hola, hola! ¿pretendían ustedes ir á mezclarse en asuntos de los hombres? (Gregorio le advierte con el ademán que está allí don Silvestre.) Pues á fe que esta vez el sexo fuerte ha ganado al débil en suavidad y blandura.

CRISTINA

¿Qué?

MARÍA

Habla.

FLORENCIO

Pues nada; muy sencillo y muy honroso para los dos. Yo he dicho que no tenía inconveniente en retirar mis palabras, si él declaraba que su propósito no había sido faltar á los respetos debidos á esta casa, ni ofender en lo más mínimo á Cristina; y sus amigos se han apresurado á manifestar que tal declaración se consignará de la manera más solemne, porque, según afirman, nada estuvo tan lejos de su ánimo. De manera que con un acta, cada cual queda en su lugar.

MARÍA

¿Pero eso es cierto?

FLORENCIO

Hay una prueba convincente, plena. ¿No quedó en venir á las seis al otorgamiento de la escritura? Pues vendrá, y nos estrecharemos la mano y ustedes lo verán.

CRISTINA

Yo no lo veré; pero si es así, no tendré palabras para dar gracias al cielo.

FLORENCIO

Pues además, si ustedes quieren, me maniatan, me encierran ó me tienen entre sus brazos hasta que pase el susto.

MARÍA

Sí lo creo, porque dando él esa explicación, no habías tú de mantener tus palabras, y su explicación no me maravilla por lo que mi corazón presiente.

ESCENA XIX

Dichos, Juana y Gabriela que traen líos de telas. Al entrar éstas Silvestre se levanta para que no le vean escribir, y ocultando la nota, pero sin guardarla, se acerca poco á poco á Cristina.

JUANA

Me parece que hemos despachado pronto. No se quejará el dependiente. A las primeras que sacó... Y es que él era tan feo, que por no verle la cara... Y además, con el contraste resultaban más bonitas.

MARÍA

(Al enseñárselas JUANA.) Y lo son.

GREGORIO

(En voz baja á FLORENCIO.) ¡Pero Florencio!

FLORENCIO

(Á GREGORIO separándose de él.) ¡Calla!

JUANA

(Á GABRIELA.) Bueno; déjalas ahí. Luego se las lleva Cristina y mañana...

MARÍA

Se las llevarán, tía; no va á cargar ella sola con los dos bultos.

GABRIELA

Es verdad, *se tró.*

JUANA

Bueno, bien.

CRISTINA

¿Qué más da?

JUANA

(Aparte.) Mi sobrina debía llamarse Demófila, ó la amiga del pueblo.

SILVESTRE

(A CRISTINA en voz baja.) Voy allá dentro á terminar. Si hoy no puedo entregársela, yo mismo se la llevaré mañana á su casa. (Se dirige hacia el despacho.)

GABRIELA

(Realizando lo que dice, como si estuviera muy cansada.) Ya tenía ganas de quitarme el sombrero y de sentarme.

JUANA

(Á SILVESTRE, al cual vió hablar con CRISTINA, cogiéndole de un brazo al pasar junto á ella.) Oye tú, vejete: ¿qué apartes son esos con Cristina?

SILVESTRE

(Después de un instante de turbación.) Es que le he preguntado por el número de varas.

JUANA

Bien pocas, tacaño.

SILVESTRE

(Yéndose hacia el despacho.) ¡No; pues si yo querría más varas! (Haciendo el ademán de dar una paliza.)

JUANA

(Aparte, refiriéndose á FLORENCIO.) Y este alma de cántaro, á pesar de animarle con el otro, que por cierto tampoco pareció... (En voz alta.) Ea, pues, hasta la hora de comer, ya que Florencio es tan aficionado á la

música, anda, niña, distráenos con el piano. (Al oir esto SILVESTRE, se queda mirando á su mujer.)

FLORENCIO

Sí, sí.

GABRIELA

Pero mamá...

JUANA

Vamos, anda.

MARÍA

Sí. (Y juntamente con FLORENCIO y JUANA insta en voz baja á GABRIELA para que toque.)

SILVESTRE

(Aparte, mirando á su mujer desde la puerta del despacho, por la cual desaparece.) Lo que es motivos para casar, más que el otro; pero me parece...

GABRIELA

Me someto. (Dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda.)

JUANA

Pues ya lo creo: no faltaba más. Esa sonata de *Schopen.* (Siguiendo á GABRIELA.)

GABRIELA

De *Jópin,* mamá; si es alemán!

JUANA

Bueno: de *Jopín,* como se diga.

MARÍA

(A Cristina al verla dirigirse á la costura y llevándosela abrazada por dicha puerta.) No señora: tú conmigo.

CRISTINA

Si yo he de irme.

MARÍA

Bueno. (Vanse las cuatro y á los pocos momentos se oyen muy apagados los acordes del piano.)

ESCENA XX

Florencio y Gregorio.

Éste, que ha estado durante la escena anterior detrás de aquél como ansioso de preguntarle, le detiene, impidiendo que siga á las señoras.

GREGORIO

Eso no es cierto, ¿verdad?

FLORENCIO

¿Pudiste creerlo un solo instante? Vendrá luego, en efecto; porque sus padrinos afirman que no puede rehusar un engaño que nos asegura la libre acción; pero las cosas van adonde deben por su voluntad y por la mía.

GREGORIO

¡Ah!

FLORENCIO

Ya les he dicho que han de entenderse con Núñez y con Alfredo, á quien acabo de llamar para darle mis instrucciones.

GREGORIO

¡Pero Florencio!

FLORENCIO

Voy allá dentro no sospechen. En lo que tienes que pensar es en procurarme la mayor libertad posible, saliendo con María, mediante cualquier pretexto, mañana antes de las once.

GREGORIO

¡Pero Florencio!

FLORENCIO

Gregorio, ya me conoces: mañana. (Con el acento más solemne y terminante.)

JUANA

(Asomándose á la puerta por donde se fué con las demás.) ¿No viene usted, Florencio?

FLORENCIO

(En rápida transición, fingiendo alegría y yéndose con Juana.) Sí señora, y á cantar.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete en la casa de Cristina, sin lujo, pero con gusto y decorosamente amueblado. Puertas al foro y á la derecha; á la izquierda un balcón. A un lado del fondo, armario de luna, y al otro, mesa y espejo, con un libro sobre aquélla. A la derecha, escritorio ó *secreter*; en el centro otra mesa con periódicos de modas, un metro de modista, un lápiz y papel. En una silla del foro deben aparecer los líos de telas que Juana y Gabriela sacaron en el acto anterior. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MANUELA y una CRIADA que aparece por el foro con un azafate en el cual lleva una falda.

CRIADA

Pues venía de parte de mi señora para decirle que hiciera el favor de arreglar los cogidos de esta falda que le ha estropeado una amiga; se la prestó para que le sirviera de modelo, y ahí tiene usted lo que sucede... Además, es menester que yo le hablara para explicarle otra cosa.

MANUELA

Pues ya digo á usted que está mala; hoy no se la puede ver.

CRIADA

¿Pero es cosa de cuidado?

MANUELA

No, una ligera indisposición; pero vamos, que hoy no quiero yo que se levante.

CRIADA

Pues me alegro de que no sea nada. Quiere decir, que dejaré esto aquí. (Dejando el azafate sobre una silla.)

MANUELA

Sí, déjelo usted.

CRIADA

Y que volveré mañana, digo, si mi señora no viene; porque como la quiere tanto, en cuanto sepa que está mala...

MANUELA

No, no; si no es nada de cuidado.

CRIADA

Vaya, pues que usted lo pase bien, y que se alivie me alegraré.

MANUELA

Muchas gracias. Vaya usted con Dios.

ESCENA II

MANUELA

Sí señor; aunque se enfade conmigo, no la llamo en todo el día, ni consiento que nadie la moleste. No está mala; pero ¿qué más enfermedad que esa locura que le da cuando se pone á hablar de su desgra-

cia? ¡Con lo de ayer, la noche entera sin dormir! Gracias á que yo le hice acostarse esta mañana, y que al fin la ha rendido el sueño.

ESCENA III

MANUELA y CRISTINA.

CRISTINA

¿Quién era, Manuela?

MANUELA

Pero ¡bendito sea Dios! ¿Estás ya de piés? Habrá sido la dichosa campanilla...

CRISTINA

No, me desperté yo misma. Ya he descansado.

MANUELA

Tú quieres matarte. Pues lo que es hoy no trabajas.

CRISTINA

No seas tonta; ¿crees tú que es el trabajo el que puede hacerme daño? ¿Quién ha venido?

MANUELA

La muchacha de doña Jesusa. Ahí ha dejado una falda para un arreglo. Mañana vendrá á explicártelo, porque yo no he querido llamarte. Si te enfadas enfádate.

CRISTINA

¿Contigo, Manuela? ¿Porque me quieres como una madre?

MANUELA

No lo sabes tú muy bien.

CRISTINA

Ni tú el consuelo que me prestas. Mi madre jamás hubiera podido saber lo que tú sabes.

MANUELA

Pues más valía que nada me hubieras dicho, y así no te pondrías como te pones muchas veces.

CRISTINA

Sin esas expansiones no hubiera podido vivir.

MANUELA

De todas maneras... Tu trabajo es fiebre y tu descanso delirio; te morirás y me dejarás sola en el mundo.

CRISTINA

Únicamente así podría suceder; pero en cambio, sabes que de otro modo no te abandonaré jamás.

MANUELA

Pues entonces, si ya has juntado eso, (Señalando al *secreter*.) ¿para qué quieres juntar más? ¿Crees tú que

yo voy á morirme? Yo no me muero mientras vivas tú.

CRISTINA

Pues ahí tienes; si lo demás no me sirve para entrar en un convento, servirá para tí en el caso de ser yo quien te falte.

MANUELA

¡Heredarte yo? ¡Vamos tú no me quieres! (Solloza é inmediatamente se repone.) ¡Jesús, qué tonta! ya estoy llorando. ¡Claro; tú haces que una se convierta en una Santa Rita! ¡Mal hayan las lágrimas, y quien las inventó!

CRISTINA

En lo sucesivo te prometo que he de hacerte sufrir menos. Te juro que he de estar más alegre; pero mucho más. (Dice lo último con cierta enajenación, y se dirige al *secreter*, de donde saca un sobre cerrado que contempla con avidez, después de haberse sentado.)

MANUELA

¡Justo! ¡y ya irás á ponerte como esta noche con los ojos clavados en ese sobre lo mismo que una loca!

CRISTINA

(Sin mirar á Manuela.) Pienso que alguien me lo va á quitar. ¡Así serán los avaros! ¿Verdad, Manuela, que así serán los avaros? Pero cuando desaparezca de mi vista, ¡qué feliz voy á ser!

MANUELA

Bien podía haber venido hoy mismo ese señor cura, y hubiera hecho la mejor obra de caridad.

CRISTINA

Será mañana, pero será: ya falta poco. Después de todo, casi me agrada tenerlo todavía algunas horas. Ya ves, Manuela, lo que hay aquí reunido... Pues figúrate que se hubiera tratado de mucho más; con el tiempo lo verías también lo mismo. Trabajando, trabajando, trabajando, todo se consigue; pero no tengas pureza, y trabaja, trabaja, sufre, padece, llora, gime, y lo que es ese tesoro no lo tienes jamás.

MANUELA

Pero ¡es que Dios no perdona?

CRISTINA

Y dará palmas en el cielo; pero lo que es en la tierra no da corona de azahar. (En este momento guarda el sobre rápidamente donde antes lo tenía.) Eso, eso es lo que á mí me vuelve loca; ¿qué diferencias hay entre la tierra y el cielo? Hablas tú de perdón; ¿lo necesitaré en los altos juicios? Yo no dí mi honra por mi vida; mil veces antes la muerte; la dí por la honra y la vida de mi hermano; me sacrifiqué por él y por mi padre, de quien él mejor que yo podía ser amparo, sostén y orgullo. ¿Y crees tú que ellos y mi madre me condenan? Pues al contrario: me están siempre acari-

ciando con ojos de piedad y de dolor eterno; y cuando á solas por la noche pongo la vista en lo infinito, también parece que las estrellas me contemplan llenas de compasión y de ternura.

MANUELA

¡Como que tú eres buena, hija mía!

CRISTINA

Eso dicen, al parecer, los muertos y las estrellas; pero pregunta á los vivos.

MANUELA

¡Y quién juzgará mejor?

CRISTINA

No, no, Manuela; es que yo misma creo á veces que hice mal. Medito, reflexiono constantemente... porque, ya ves, ¿á quién no le interesa saber si es bueno ó malo lo que ha hecho? y se me ocurre esta idea. Figúrate que yo... figúrate que hubiera tenido un hijo, un hijo que para todos es un ángel y para la madre un clavel nacido de sus entrañas... ¿qué tiene que ver el que llega de la nada con las culpas y desgracias de los que están en el mundo? el que nace podrá, si quieres, no tener derecho á la limpieza del abrigo, á la abundancia del alimento; pero lo tiene indiscutible á que le den su honra limpia y entera; y quien no pudiendo dársela de ese modo lo trae á la existencia, comete la mayor de las infamias. Por eso la mujer, si quiere salvar á alguien,

que lo salve como pueda; si quiere perderse, que se pierda á sí misma; que robe ó mate; pero que no coja del cielo un pedazo de nieve para revolverlo en el fango de la tierra.

MANUELA

¡Pero si no ha sucedido!

CRISTINA

Bueno; pues por eso no siento yo remordimiento ni estoy arrepentida. Dices que soy buena: ¡qué engañada estás! Si yo no sufro por la culpa, sino por sus consecuencias; si lo que yo tengo es desesperación; si es que yo nací para amar, para querer, para crear una familia, y ya no puedo.

MANUELA

Porque tú, hija mía, tienes perdida la razón con tanta idea en la cabeza. Si mil veces lo digo: el saber mucho es un mal en este mundo. Ya sabes tú que yo he tenido honradez, y que en mi clase hay muchas que también la tienen; pero si á una de mi clase le hubiera sucedido una desgracia, habría llorado mucho; pero luego, si se le presentaba un hombre honrado, se habría casado con él para ser tan buena esposa y tan buena madre como la primera. No será eso muy malo cuando se ve tanto en el mundo. Entre los mismos señores, ¿no se ha visto alguna vez? Pues padres ha habido que se han llevado lejos á sus hijas para ocultar una desgracia, y luego las han casado con otro; sino que tú, con esa imaginación...

CRISTINA

(Que debe haber oído á MANUELA, sin atenderla, y abismada en sus pensamientos.) ¡Calla, por Dios, Manuela! quien tal haga, cometerá siempre una vileza. Sólo podría hacerse confesando primero la culpa al que quisiera redimirla; mas para eso se necesita humildad, y yo, Manuela, te repito que soy mala; yo no tengo humildad, sino que soy el colmo de la ambición y la soberbia; yo no concibo la condición de madre y esposa, sino con todos sus hermosos atributos; yo quisiera mis derechos, no por gracia, sino por justicia; prefiero ser lo que soy, á ser compañera perdonada, y madre temerosa ante sus hijos, de revelaciones del pasado; yo he debido ya morirme, porque hay algo en mí de ese fiero animal, que dicen que se muere de rabia si se mancha.

MANUELA

Y te morirás, te morirás bien pronto, si sigues de ese modo. La noche ha sido mala, pero el día será peor. Maldita la hora en que ha vuelto á parecer ese hombre. Por supuesto, que si yo le hablara...

CRISTINA

Serías causa de mi mayor desesperación.

MANUELA

No, no; si por eso no he vuelto á pensarlo; pero él mismo, parece mentira que no vea tu alma detrás de esa cara tan hermosa.

CRISTINA

Mejor es su rostro varonil, y sólo veo detrás un alma del infierno. Así sería Luzbel. También ahora le veía en sueños: por eso he despertado. Pero yo no sé qué contradicción es esta de mi alma, que dormida le ama siempre, cuando despierta le aborrece.

MANUELA

Es que tú, hija mía... (haciendo como que oye llamar y revelando la mayor contrariedad.) Ya están llamando. Pues yo te niego...

CRISTINA

No, no; serán la tía y la prima de María; quedaron en venir.

MANUELA

(Mudando de parecer con energía.) Bueno, sí señor; prefiero que trabajes. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

CRISTINA

Sí; caiga la ola del mundo con su frialdad y su amargura sobre estas brasas de mi corazón y de mi frente.

ESCENA V

CRISTINA, JUANA y GABRIELA

JUANA

(A GABRIELA en voz baja, al cruzar la puerta del foro.) ¡Cosa más rara! Observa por el balcón.

GABRIELA

Bon yur.

JUANA

Venimos, Cristina, por si está usted buena.

CRISTINA

¡Oh, sí!

JUANA

No, porque en otro caso, á mí no me gusta molestar, y como ayer á última hora mi sobrina decía que no viniésemos hoy, sosteniendo que se había usted puesto mala, tanto que ella pensaba venir á verla esta mañana...

CRISTINA

Ya estoy bien.

GABRIELA

Mi primo dijo que la acompañaría. ¿No han venido?

CRISTINA

No señora. Estoy, pues, á la disposición de ustedes.

JUANA

Bueno; si usted se encuentra bien... Que fué la cuenta que yo me hice: Pues, gracias á Dios, no tenía cara de morirse, iremos, y si no es cosa de guardar cama...

CRISTINA

Se aprovecha el tiempo, sí señora. (Cogiendo el metro y disponiéndose á tomarle medidas.) Si usted quiere...

GABRIELA

Sí; cuanto antes estén, mejor. (Se va al balcón á observar. CRISTINA toma á JUANA las medidas para un vestido, tomando primero la del talle, ó sea desde el cuello á la cintura, luego la del busto ó contorno, después la de la cintura, y por último la de la falda, haciendo como que apunta el número de cada medida.)

JUANA

(Guardando correspondencia con las medidas que le toma CRISTINA.) La medida del talle como usted quiera; pero ésta del contorno que sea muy justa, porque ya ve que yo necesito ir apretadita; no soy de las que tienen que pedir á ustedes auxilio. En cuanto á la cintura, no conservo pretensiones: como á usted le dé la gana.

CRISTINA

Están bien tomadas; descuide usted.

JUANA

(Al tomarle la de la falda.) Ni corta ni larga ¿eh? No me gustan los extremos más que en las butacas de los teatros. (A Gabriela.) Vamos, niña, anda tú. (En voz baja á la misma.) ¿Qué, le has visto?

GABRIELA

No; *ye ne le pa viu.*

JUANA

(A Cristina al tomar ésta las medidas á Gabriela.) A ver si le hace usted á mi hija un vestido bonito.

CRISTINA

Procuraré complacerla.

JUANA

Es tan escrupulosa y exigente...

GABRIELA

Me gusta ir *com il fó.*

JUANA

Pero qué cuerpo tiene ¿verdad?

CRISTINA

Sí señora.

JUANA

Pues mire usted: vestidos míos del año pasado le

vienen como hechos á medida. Veremos los figurines ¿eh?

CRISTINA

Sí; voy por el último, que lo tengo allá dentro. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

JUANA y GABRIELA

JUANA

¿No anda por ahí?

GABRIELA

No.

JUANA

¡Cosa más rara! Encontrarnos de sopetón en la puerta. Y pareció que iba á entrar, ¿verdad?

GABRIELA

Pero no tendría esa intención cuando no lo hizo.

JUANA

Como yo le dije que veníamos á que Cristina nos tomara unas medidas ¿quién sabe si el hombre formaría su composición de lugar y se quedaría en la calle para esperar nuestra salida?

GABRIELA

Ilusiones, mamá.

JUANA

Así empiezan esas cosas, por ilusiones.

ESCENA VII

Dichas y CRISTINA y DON SILVESTRE; aquélla aparece con un figurín por la lateral por donde se fuera, y DON SILVESTRE por el foro.

CRISTINA

Vean ustedes.

SILVESTRE

(Aparte después de revelar gran turbación) ¡Mi mujer!

JUANA

¿Tú por aquí? ¿Pero qué significa esto?

CRISTINA

(Como para animarle á que pase.) Muy bien venido, don Silvestre.

SILVESTRE

Pues nada; que estaba casualmente ahí, en la esquina, hablando con un amigo; os he visto entrar, y he dicho: «Pues voy con ellas.»

JUANA

¡Vaya, un capricho! Pues aguárdate, Silvestre. (Y se pone á examinar el figurín con CRISTINA y GABRIELA, en la

mesa del centro, de modo que aquélla pueda notar las señas que ha de hacerle Don Silvestre.)

SILVESTRE

(Aparte.) ¡Con qué retintín me dice siempre Silvestre! ¡Ojalá lo fuera! Viviría yo en las selvas y en los bosques; que fieras por fieras, preferibles son las del campo á estas de... Y ahora ¿cómo le entrego yo la nota? Y el caso es que el pleito está para fallarse y sería una lástima... (Cogiendo el libro que hay en la mesa del foro.) Si ella reparase en este libro... (Procurando con el ademán llamar la atención de Cristina)

CRISTINA

(Como siguiendo la conversación que en voz baja sostiene acerca del figurín.) Más severo, pero más elegante.

JUANA

Este me gusta más.

GABRIELA

Con esta otra forma...

SILVESTRE

(Aparte metiendo la nota en el libro después de haber conseguido llamar la atención de Cristina.) Ya lo vió; ¡soy feliz! Alguna vez se la había yo de pegar á mi mujer.

JUANA

(Refiriéndose como antes al figurín y con cierto ímpetu.) No, no, de ningún modo, como digo yo.

CRISTINA

Pues bien, doña Juana; como usted quiera.

JUANA

¡Ay, por Dios! No me diga usted doña Juana, que á una dama nunca le sienta bien el doña.

CRISTINA

Dispense usted.

SILVESTRE

(Aparte.) ¡Dama Juana, dama Juana á secas, ó mejor, dama Juana del vinagre!

JUANA

(Aparte á GABRIELA.) Vamos á traer esos encajes, pero que no se entere tu padre. (En voz alta.) Ea, pues vamos; anda Silvestre. No le digo nada, Cristina, no hablemos más; adiós, que usted se alivie.

SILVESTRE

(Señalando furtivamente al libro.) Cuídese usted (Como interesándose por su salud al mirarle JUANA.) Cuídese usted mucho.

JUANA

Si no tiene nada.

CRISTINA

Me cuidaré; muchas gracias.

JUANA

Vamos, vamos.

GABRIELA

Adiós, *ó revoar.* (Vanse por el foro.)

ESCENA VIII

CRISTINA y MANUELA que entra por el foro un momento después, y se pone á trastear mirando á CRISTINA, hasta que entabla el diálogo con ella.

CRISTINA

¡Pobre señor! (Dejándose caer en un asiento.) Pero, ¡ay pobre de mí también! ¡Cuántos como yo se verán obligados á ocultar las tragedias de su alma! Quizás alguno, empleado en rudo trabajo, dará vigorosamente con la pica ó el martillo, en la piedra, ó en el hierro, y en su pecho sentirá, más fuerte todavía, el golpe del dolor.

MANUELA

¿Qué piensas hacer? ¿Estás ya cavilando y hablando á solas?

CRISTINA

No. ¿Qué hora será?

MANUELA

Pues irán á dar las once... ¿Llaman otra vez?

CRISTINA

¡Ay! ¡sí! será María.

MANUELA

¿María? (Vase á abrir.)

CRISTINA

Sí. (Al quedar sola.) ¡Cuánto me alegro! No es una amiga, es una hermana. (Con profunda sorpresa como oyendo algo por el foro.) ¡Oh, él!

ESCENA IX

CRISTINA, MANUELA y FEDERICO

MANUELA

(Desde dentro.) Pero aguarde...

FEDERICO

(Desde dentro también y apareciendo inmediatamente y con precipitación en la escena.) Déjeme usted, se lo suplico.

CRISTINA

¡¡Usted?

MANUELA

(Yéndose junto á CRISTINA, que debe estar al lado derecho.) ¡Virgen Santa!

CRISTINA

¡¡Pero, ¡es posible?

FEDERICO

(Con aire de resolución y de humildad.) Sí.

CRISTINA

¿Será usted tan miserable que aún se figure que yo le pertenezco? Perdí mi honra, pero no mi libertad. ¡Eterna la ignominia; mas por lo mismo, rencor eterno á mi cómplice! (Como inspirada repentinamente y avalanzándose al *secreter.*) ¡Ah! bien venido, para que de una vez se desengañe y se lleve como carga vergonzosa lo que es, sin duda, fundamento ruín de su osadía. (Saca el sobre convulsivamente.)

FEDERICO

(Que á las primeras palabras de Cristina ha hecho ademanes negativos, dice aparte.) ¡Ah! no mintió Gregorio. ¡Lo juzgaba imposible, y la veo cien veces más hermosa! ¡De qué profundo placer inunda mi corazón con sus ultrajes!

CRISTINA

(Humillada á la vista y contacto del sobre.) No, no puede ser altiva la que llegó á tal bajeza. Yo le suplico que salga de esta casa, como puede suplicar un desgraciado que se deje tranquilo el templo de su dolor. Pero ha de llevarse esto, esto que, de todos modos, mañana mismo hubiera vuelto á sus manos, con lo cual tiene derecho una esclava de la deshonra á rescatar al menos su absoluta independencia. (Dejando caer el sobre en la mesa del centro, ó en otra pequeña que pu-

de haber á la derecha.) ¡Formado está con vigilias y con lágrimas!

FEDERICO

(Cogiéndolo con vehemencia y guardándolo junto al corazón.) ¡Oh, sí! que devuelven á mi corazón purificado lo que salió de mis manos con vileza. Quizás temiera usted que yo no lo aceptara, cuando he venido soñando en el destino que he de darle, si quiere que yo también me redima como usted se ha redimido. Digo mal: usted no necesitaba redimirse, porque no fué culpa el martirio; yo, yo el verdugo que nunca he podido recordar sin espanto el aspecto de la mártir, soy el que necesita redención. (Viendo la sorpresa de Cristina.) Usted se asombra, es natural; en aquel desalmado ha tenido que ver siempre al libertino, y apenas puede ver todavía al caballero.

CRISTINA

(A Manuela, á la cual está abrazada.) Pero, ¿esto es sueño, Manuela?

MANUELA

Realidad, hija mía. ¿Crees tú que no hay Providencia? (Con mucha vehemencia.)

FEDERICO

Al menos hay madres, por cuya voz hablan los cielos; porque cuando hace poco, cuando hace poco la mía, antes de morir, me dijo: «Si has hecho algún daño, repáralo, hijo mío,» usted se presentó á mis

ojos, como si fuera la víctima evocada por aquella moribunda.

CRISTINA

No, yo no soy víctima; usted no empleó conmigo ni la fuerza, ni el engaño; yo sucumbí por mi propia voluntad.

FEDERICO

Pero de tal manera, que á un alma corrompida como la mía, le hizo creer en sacrificios espantosos, y le dejó una impresión que jamás pudo borrarse. La duda, la duda, es verdad, también la tuve siempre: por eso, aunque el interés y el remordimiento que se despertaban en mi corazón eran mayores cada día al paso que se reformaba mi pervertida juventud, mucho tiempo estuvo lejos de mí una intención reparadora.

CRISTINA

Con razón.

MANUELA

Calla, hija mía. (Con igual vehemencia.)

FEDERICO

¡Oh, no! Mas por la misma duda, que toda la verdad he de decirla, hasta cuando murió mi santa madre, sólo quedó en mí cierta disposición al bien; no un propósito resuelto. Pero ayer, recién llegado, se ofrece usted á mis ojos, antes de buscarla, con la

misma aureola de martirio con que se ofreció á mi mente al decirme mi madre sus últimas palabras, y con esa hermosura de siempre, que ahora veo que es pálido reflejo de la mayor hermosura de su alma...

MANUELA

¡Mucho mayor, ya lo creo!

CRISTINA

Calla, Manuela.

FEDERICO

No, si no es menester su testimonio, ni el de esto que aquí llevo (Refiriéndose al contenido del sobre que ha guardado junto al corazón), ni el de Gregorio siquiera, que ayer tarde me contó el terrible drama de su caída, la historia de sus dolores, las páginas de su calvario.

CRISTINA

¿Le dijo?... (Llora al contestar FEDERICO.)

FEDERICO

Todo, todo; cuanto yo veo, cuanto yo presentía, cuanto se ve y se respira. Con lágrimas más amargas he llorado yo esta noche, revolviéndome en una desesperación que usted no puede imaginar, hasta que al fin, al fin he resuelto venir ahora para llevarme de aquí la esperanza que necesito, ó al menos, su perdón.

CRISTINA

El perdón, sí.

FEDERICO

La esperanza también. Si usted supiera... Yo sé por el mismo Gregorio que usted rechaza á su hermano; así debe ser; yo no puedo tolerar la idea de que usted se case con otro; yo, yo soy el que debo convertir mi codicia en amor, mi ultraje en veneración. Dígame usted por esas lágrimas que permitirá que llegue á esposo el miserable libertino.

CRISTINA

(Sin asomo de rencor, y antes por el contrario, con el acento propio de quien rehusa un favor por considerar que no lo merece.) No; mis lágrimas son buenas consejeras; ruedan siempre por ocultar sus rubores, y no pueden consentir que ahora los aumente. Aceptar honor que no se merece, es tan vergonzoso como perder el poseído.

FEDERICO

¡Que usted no lo merece?

CRISTINA

Le agradezco sus palabras, porque me halagan, me halagan mucho; no quiero negarlo. (Con turbación y sin encono.) Pero lo demás, es imposible.

FEDERICO

¡Imposible?

CRISTINA

¡Oh, sí! Perdóneme usted, pero yo le he odiado siempre. (Sin odio, y como quien cumple penosamente lo que considera un deber.)

FEDERICO

Lo sabía y lo comprendo; pero también comprendo que odiando al pecador se puede amar al arrepentido. Yo le juro que he de adorarla como se adora en un templo, y que en su siervo ha de olvidar al bárbaro profanador. Consienta usted que yo también pueda redimirme; se lo ruego por la memoria de sus muertos, por la memoria de los míos. Tengo que irme... (Mirando su reloj con rapidez y afán) y no quiero hacerlo sin llevarme su perdón y su cariño.

MANUELA

(Que al oir las negativas de CRISTINA ha expresado siempre con el gesto y el ademán contrariedad y pena, le dice con el acento más persuasivo.) ¡Hija mía!

CRISTINA

(Que oyendo las últimas palabras de FEDERICO ha debido expresar las luchas de su alma, se desprende de MANUELA, y sollozando se arroja sobre un asiento y dice.) ¡Imposible! ¡Imposible! no por usted, que ya me parece harto noble y generoso, sino porque jamás cupo esa idea en mi pensamiento. Aquella marca de infamia no puede quitarla ni el mismo que la impuso. Se va pura á los altares, ó se profanan sus gradas; yo no puedo,

yo no puedo subirlas sino para hacer penitencia de rodillas y consumir mi corazón en el dolor eterno.

FEDERICO

(Que ha debido revelar impaciencia á la vez que admiración.) ¡Locura sublime! pero, al fin, locura que por dicha mía podrá desvanecer un momento de razón. No hay mancha que no borre por sí sola la virtud. Yo no puedo ni pretendo dignificarla; vengo, por el contrario, á elevarme hasta su altura. Me llevo la esperanza de que podré conseguirlo; y si así quiere el cielo que suceda, usted irá á los altares con la corona de azahar, que le corresponde por la virginidad de su alma y sus sentidos, y luego, cuando yo esté purificado por el amor, como usted lo está ya por su virtud, iremos juntos al sepulcro de nuestros padres, y, con esto, (Se refiere al contenido del sobre que guardó en su pecho) á los suyos y á los míos en letras de oro les pondremos: — «Vuestros hijos redimidos.» Quiera Dios que yo pueda volver; pero si no vuelvo, ya sabe usted lo que teniendo vida hubiera hecho aquel mónstruo de perversión. (Vase precipitadamente.)

ESCENA X

CRISTINA y MANUELA

CRISTINA

(Que oyendo lo que acaba de decir FEDERICO, ha debido revelar en su rostro una dicha inefable y profunda transformación, se levanta súbitamente pensando en la última frase de aquél, y dice:) ¡Esas palabras!... Ayer mintió Florencio... fué un pretexto para tranquilizarnos...

MANUELA

¿Crees que va al desafío... (Con mucho afán.)

CRISTINA

(Con el grito que á la actriz le inspire su talento, y ocultando el rostro en el pecho de MANUELA.) Sí, ¡á morir cuando le amo!

MANUELA

No, no querrá Dios. ¿Ves cómo siendo bueno, tenías que quererlo?

CRISTINA

Me causa rubor decirlo; pero mi amor es tan grande, como lo era mi odio. Y ya ves, ahora va á batirse.

MANUELA

No morirá; se lo pediremos á Dios.

CRISTINA

Pero entonces Florencio... ¡¡Gran Dios!! (Haciendo como que oye llamar.) ¡Quién será?

MANUELA

Aguarda, hija mía. La Virgen nos ampare. (Vase á abrir.)

CRISTINA

¡Quién será? ¡Si aún se pudiera evitar!...

ESCENA XI

Dichas, María y Gregorio.

CRISTINA

¡María! ¡María!

MARÍA

¿Qué? ¿Ha estado aquí Olivares?

CRISTINA

Sí, acaba de irse.

MARÍA

(A Gregorio.) ¡Tú ves! (A Cristina.) Si nos pareció verle salir. Pero ¿cómo?...

CRISTINA

¡Van á batirse, María!

MARÍA

¡A batirse? Pero si al fin ayer...

CRISTINA

Todo fué por tranquilizarnos y para librarse de nosotras. No dejan lugar á duda las palabras de Federico, las palabras de Olivares.

MARÍA

¿Pues qué?...

CRISTINA

¡Ha venido! María... (Se detiene inclinando la cabeza.)

MANUELA

Porque quiere casarse con ella, y ha estado hablando con boca de santo; que tan santo es el que se arrepiente como el que no peca.

MARÍA

¿Y tú, Cristina...

MANUELA

Esta, todo el tiempo con su locura de siempre; pero al irse no pudo menos de romper á llorar y confesar que le quería, porque el pobrecillo dijo unas cosas...

GREGORIO

(Que hasta ahora ha escuchado con la mayor ansiedad.) Entonces es imposible que se batan; corro á evitarlo.

MARÍA

¿Luego van á batirse y lo sabías?

GREGORIO

Pero ya no se batirán. Mi hermano procedió por error. Deshecho el error, está obligado á retirar sus palabras.

MARÍA

¡Oh, sí!

GREGORIO

Otra cosa, sería destruir, como le dije, la obra más santa de reparación y de justicia.

MARÍA

¡Sí, corre, por Dios! (Vase GREGORIO precipitadamente.)

MANUELA

¡San Rafael le dé sus alas!

ESCENA XII

CRISTINA, MARÍA y MANUELA

CRISTINA

¡Si llega tarde!...

MARÍA

¡No me lo digas; no querrá el cielo!

CRISTINA

Tenía que ser; bien que lo comprendí por lo que dijo al irse.

MARÍA

¡Y yo cuán ajena! ¡Qué engaño el de ayer tarde!

CRISTINA

Por evitarnos horas angustiosas. Tu cuñado es tan noble...

MARÍA

Ahora serán los momentos más crueles. Pero no; no hay que ponerse en lo peor; al contrario, segura estoy de que mi Gregorio llega á tiempo. Así notaba yo en él un no sé qué de tristeza. Ahora tendrá alas para volar.

MANUELA

Sí las tendrá; sí señora. (Durante toda esta escena debe estar yendo y viniendo al balcón.)

CRISTINA

El cielo os oiga.

MARÍA

¡Oh, sí! no puede menos. Pensemos en la felicidad que se nos acerca á través de tanta angustia.

CRISTINA

¡María!

MARÍA

¿Ves cómo yo tenía razón, cómo del odio al amor no hay más que un paso?

CRISTINA

No sé decirte lo que en mí sucede.

MARÍA

Que un santo amor se desborda; pero que al pu-

dor, y más al pudor herido, hasta el amor le causa temores y sonrojos.

CRISTINA

También debe haber sido desgraciado; ha perdido á sus padres.

MARÍA

Y hoy tiene bajo su guarda á dos hermanas. Había para creer en la regeneración de ese muchacho.

CRISTINA

Dijo que era precisa mi voluntad, para que él se redimiera.

MARÍA

Como que una reparación es lo único que puede dejar tranquila su conciencia.

CRISTINA

Sí; pero yo, María...

MARÍA

Tú eres la mejor esposa que él pudiera elegir.

CRISTINA

Aunque así fuese, ahora, cuando quizás se están jugando dos vidas...

MARÍA

No; no digas eso.

CRISTINA

En estos momentos, bien claro se me presenta mi deber: tú no sabes; Florencio...

MARÍA

Yo sé todo, Cristina.

CRISTINA

Entonces ya ves que tiene derecho á una gratitud inmensa. Yo no debo casarme con nadie.

MARÍA

Florencio pásó de la edad de las pasiones; cuando se es tan bueno y se quiere como él puede ya querer, en lo que más se goza es en el bien de la persona amada.

CRISTINA

No, María. Yo nací para el infortunio.

MARÍA

Y para el premio, porque tus sufrimientos exceden á tu culpa.

MANUELA

Aunque de otra manera, lo mismo digo yo.

MARÍA

Todo es excepcional; mas por lo mismo tenía que suceder lo que sucede.

CRISTINA

Dios querrá que el amor pueda germinar hasta en el cieno: así de aquel oprobio habrá surgido la emoción pura del alma. Pero no puede ser, María.

MARÍA

¡Justo; no va á poder ser lo que Dios quiere que sea!

MANUELA

Que Él nos proteja, y ya veremos.

CRISTINA

¡Qué? (Como oyendo llamar.)

MANUELA

¡Ay, Jesús! (Yendo á abrir.)

MARÍA

¿Será tal vez... (Queda un momento lo mismo que Cristina, en ansiosa espectación.)

ESCENA XIII

Cristina, María, Juana y Gabriela

JUANA

¡Hola! Celebro que estés aquí; así me dirás si te gustan estos encajes. ¡Pero qué caros, hija, qué caros!

GABRIELA

Al contrario, mamá; son muy baratos *Tre bon marché.*

JUANA

(A Gabriela en voz baja.) Sí; luego te lo dirá tu padre. (A María.) ¿Pero no hablas?

MARÍA

(Sin fijarse en ellos.) Son bonitos.

JUANA

(A Cristina.) ¿Y á usted, qué le parecen?

CRISTINA

Muy bien.

JUANA

¿Cortó usted ya los vestidos?

CRISTINA

Todavía no.

JUANA

¡Ay, Jesús! parece que las dos se están ustedes muriendo!

MARÍA

(Con el arranque natural de quien quiere poner término á una situación violenta, y revelando siempre impaciencia con pasos hacia el foro y el balcón.) No lo parece, tía, sino que es así.

GABRIELA

(A María acercándose con viveza.) *¿Ques que tiu á?*

JUANA

¿Qué me cuentas?

MARÍA

Cristina está mala. Ya le dije á usted que no era oportuno venir á molestarla.

CRISTINA

No, no señora. (Por cumplir.)

JUANA

Pues hija, ¿qué enfermedad es esa? Como yo la veo de piés... Sentiría haberla molestado; pero como yo me meto en la cama en cuanto me duele la cabeza, no me figuré que estuviese mala.

GABRIELA

(A Cristina con cariño.) ¿Por qué no se acuesta usted?

JUANA

Es claro; métase usted en la cama.

MARÍA

¡Tía, por Dios! Yo soy la enferma, si usted quiere; pero aquí se trata de una enfermedad del alma, de una angustia cruel. Florencio y Olivares quizá se están batiendo en este instante. (Dice esto y se va junto á Cristina.)

JUANA

¡Batiéndose?

GABRIELA

¡Es posible?

JUANA

Pero oye, oye, ¿por qué? Mejor dicho, ¿por quién? (A Gabriela en voz baja.) Niña, será por tí?

CRISTINA

(A María en voz baja.) Ya tardan, María.

MARÍA

No, aquí están. (Con el arranque que pide la situación, viendo aparecer por el foro á Florencio y Gregorio.)

ESCENA XIV

Dichos, Florencio y Gregorio

Al entrar éstos deben quedar Juana y Gabriela á la derecha y Cristina y María á la izquierda.

CRISTINA

¡Dios mío!

MARÍA

¿Y Olivares? (Con la mayor vehemencia.)

FLORENCIO

Estará bien pronto tan bueno como yo. No tema usted, Cristina, que su curación es muy sencilla.

JUANA

(Aparte á Gabriela.) ¿Qué significa esto?

FLORENCIO

No importa que estén todos delante: usted ¿qué me dijo? «Le ruego que me mire sólo como á una pobre amiga.» Y yo ¿qué le contesté? «Como á la mejor al menos.» Pues así la miro á usted, como á la mejor amiga, lo mismo que á una hermana. Soy ya viejo para empezar á criar hijos; ahí están los de Gregorio y María, que son ya unos retoños tan hermosos, y si quiero convertirme en pedagogo, ya ve usted que á un solterón nunca le faltan sobrinos.

JUANA

(Aparte á Gabriela.) ¿Conque Florencio...

CRISTINA

Jamás le podré pagar tan generosos sentimientos.

FLORENCIO

Con hablar así ya me los paga, y aun resulto deudor. Pero vamos al objeto que nos trae. Arreglado ya el terreno, en la mano las espadas, y cuando iba á darse la señal, con los gritos de «¡alto, alto!» mi hermano consiguió detener á los testigos. Llegó, me enteró de todo, y en el primer instante con despecho, pero luego con un placer tan puro y tan grande como el espacio que veía, reconocí mi error y mi torpeza; tendí mi mano á Olivares, brotó de mis labios

la más sincera retractación, y él no me dió su mano sino que me tendió sus brazos y me estrechó con vehemencia.

CRISTINA

¡Ah!

MARÍA

¡Dios mío!

JUANA

(Aparte á Gabriela.) Pero, ¿qué embrollo es este?

FLORENCIO

El hierro no ha podido herirnos. Yo no me refería sino á la salud del alma; ya usted me comprende.

JUANA

(Aparte á Gabriela.) ¡A que también el otro!...

FLORENCIO

Ahora bien; la ofensa se la inferí á la presencia de usted, y á su presencia es necesario que por completo se cumpla la satisfacción que yo le debo. Para eso ha venido con nosotros; pero por un rasgo de delicadeza no ha querido pasar mientras usted no lo autorice. Oyéndonos está.

MARÍA

(En cuyos brazos está Cristina.) ¡Oh, sí! Cristina lo autoriza.

GREGORIO

(Corriendo á la puerta del foro.) Adelante, Federico. (Este aparece instantáneamente.)

ESCENA XV

DICHOS, FEDERICO y MANUELA que entra con él, como si antes le hubiera estado acompañando.

FLORENCIO

Señor Olivares, yo le ofendí creyendo que usted á su vez pretendía ofender á esta señorita; pero al saber el noble propósito que le guiaba...

JUANA

(Aparte á GABRIELA.) ¿No lo dije?

FLORENCIO

Me arrepiento de mi ligereza, retiro mis palabras con todo mi corazón, y hasta me parece que yo soy el mal caballero, si me comparo con quien es capaz de acción tan hermosa y tan honrada.

FEDERICO

(Estrechando la mano á FLORENCIO.) ¡Mi buen amigo!

MARÍA

(Tendiéndole la suya.) ¡A mí también esa mano; señor Olivares!

FEDERICO

(Estrechándola.) Señora. Interceda usted...

MARÍA

Soy como su hermana mayor, y yo se la otorgo por esposa.

MANUELA

(Sollozando.) Y yo también que soy su madre.

CRISTINA

(Echando un brazo á MANUELA.) ¡Ah, sí! (Á FEDERICO y MARÍA.) Pero ¡Dios mío! yo no merezco... (MARÍA y FEDERICO le contestan en voz baja, formando íntimo grupo.)

MANUELA

(Aparte.) Bueno, sí; lo que es ya... (Yéndose á abrir.) ¡Ay, Jesús!

JUANA

(Aparte á GABRIELA, mientras los demás rodean á CRISTINA.) ¡Bonito papel!

GABRIELA

¡Qué suerte, mamá!

JUANA

Calla, hija mía, mejores los tendrás tú. ¿Dónde se ha visto? ¡A pares una modistilla!

ESCENA XVI

DICHOS, don SILVESTRE y MANUELA que entran por el foro. La última debe ir junto á CRISTINA y aquél colocarse por la derecha entre GREGORIO y JUANA, para que ésta le tenga luego á mano.

SILVESTRE

(Con rapidez, como si le faltara tiempo para decirlo.) ¡Todos, todos aquí! ¡Cuánto me alegro! Vengo corriendo para que Cristina no dé una notita que le había entregado. (Con mucha energía á su mujer, sin que ésta le diga nada.) Sí, que le había entregado. (A todos.) Ya no es preciso, señores. Me he encontrado al amigo de usted, don Florencio, y me ha dicho en secreto, yo también lo digo en reserva, que está firmada la sentencia á mi favor. ¡He ganado el pleito, hijos míos, lo he ganado! (Todo lo que sigue hasta el final, muy vivo.)

JUANA

Claro; ¡la carta del Ministro!

GREGORIO

Bien, tío.

FLORENCIO

Enhorabuena.

GREGORIO

Usted no puede comprender lo que me alegro.

JUANA

(Aparte á Gabriela.) Menos mal. Ya no hay que apurarse. Anda, hija mía, dejemos á esta gente cursi.

GREGORIO

¿Sabe usted, tío, que Cristina se casa con el señor Olivares?

SILVESTRE

¡Hombre! ¡Ahora sí que yo le he de hacer el gran regalo!

JUANA

(A Silvestre, tirándole un pellizco que le hace gesticular grandemente.) Bueno, ya se lo harás; vámonos. (Quedan hablando hasta que cae el telón.)

MARÍA

(Aparte á Florencio.) ¡Qué día tan feliz! ¿No eres tú dichoso?

FLORENCIO

¿No he de serlo, María? Siempre gocé más en el bien ajeno que en el propio.

FIN DE LA COMEDIA

ARCHIVO Y COPISTERÍA MUSICAL

ꞌARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

Florencio Fiscowich, Editor

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros ıejores Maestros compositores la propiedad del dereıo de reproducir los papeles de orquesta necesarios á ı representación y ejecución de sus obras musicales, ay un completo surtido de instrumentales, que se detaan en Catálogo separado, á disposición de las Emresas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Mártires ó delincuentes. — Drama en tres actos y verso.

La verdad sin prueba.—Drama en tres actos y en vers

Margarita.—Comedia en tres actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías d España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares direc tamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos d franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.